

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LIV, número 16 (2.765)

Ciudad del Vaticano

22 de abril de 2022

Surja rápido una nueva alba de esperanza

La Santa Sede y el Papa se unen al llamamiento de la ONU para una tregua pascual en Ucrania

«En el pasado domingo de Ramos - se lee en el comunicado de la Santa Sede - el Papa Francisco pidió una tregua pascual, para llegar a la paz. La Santa Sede y el Santo Padre se unen al llamamiento que el señor Antonio Guterres, secretario general de la ONU, de acuerdo con su beatitud Sviatoslav Shevchuk, jefe de la Iglesia greco-católica ucraniana, lanzó el pasado 19 de abril, por una tregua con ocasión de la celebración de la Pascua según el calendario juliano, el próximo 24 de abril. Conscientes de que nada es imposible para Dios, invocan al Señor para que la población atrapada en zonas de guerra sea evacuada y se restablezca pronto la paz, y piden a quienes tienen la responsabilidad de las Naciones que escuchen el grito de paz de la gente».

El pésame del Pontífice por la muerte del cardenal Javier Lozano Barragán

Publicamos a continuación el telegrama de pésame enviado por el Papa Francisco a monseñor Javier Navarro Rodríguez, obispo de Zamora, por la muerte del cardenal mexicano Javier Lozano Barragán, presidente emérito del Pontificio Consejo para la pastoral de los trabajadores sanitarios (por la pastoral de la salud). El purpurado falleció la mañana del miércoles 20 de abril. Tenía 89 años.

Al recibir la noticia del fallecimiento del cardenal Javier Lozano Barragán, presidente emérito del Pontificio Consejo para la pastoral de la salud, expreso mi sentimiento de pesar a su excelencia, al clero, consagrados y fieles laicos de esta Iglesia particular, así como a los sobrinos y demás familiares del difunto y a las Iglesias de México y Zacatecas en las que sirvió como pastor.

Asimismo, recordando a este abnegado prelado que me honró con su amistad desde 1980, y que durante años y con fidelidad entregó su vida al servicio de Dios y de la Iglesia universal, ofrezco sufragios por el eterno descanso de su alma, para que el Señor Jesús le otorgue la corona de gloria que no se marchita.

Y, como signo de esperanza cristiana en el Señor resucitado, imparto a todos los presentes la bendición apostólica.

FRANCISCUS PP.

EDITORIAL DE ANDREA MONDA EN PÁGINA 6

Con un grupo de educadores católicos irlandeses

La responsabilidad de la Iglesia en la formación de las nuevas generaciones

PÁGINA 7

En el programa italiano "A Sua Immagine"

El mundo está en guerra, pero en la vida cristiana está el ancla de la esperanza

PÁGINAS 8-9

Con los adolescentes de las diócesis italianas, Esta plaza esperaba desde hace tiempo llenarse de vuestra presencia, vuestros rostros, vuestro entusiasmo

Ese olfato de la verdad que hace valientes y generosos

PÁGINA 10

SEMANA SANTA EN VATICANO

Homilía del cardenal Cantalamessa durante la celebración de la Pasión presidida por el Papa en la Basílica Vaticana

Jueves Santo

Testigos de la verdad en un mundo donde todo es pasajero

Con el deseo

La tarde del 15 de abril, Viernes Santo, el Papa Francisco presidió la celebración de la Pasión del Señor en la Basílica Vaticana. Tras la proclamación del Evangelio de Juan (18,1 - 19,42), el cardenal capuchino predicador de la Casa Pontificia pronunció la homilía —sobre el tema “Pilato dijo: ¿qué es la verdad?”— que publicamos a continuación.

P. RANIERO CANTALAMESSA

En el relato de la Pasión, el evangelista Juan da especial importancia al diálogo de Jesús con Pilato y sobre él queremos reflexionar algún minuto, antes de continuar con nuestra liturgia.

sobre este tipo de especulaciones es escéptico e indiferente. El misterio que barrunta en las palabras de Jesús le da miedo y prefiere terminar la conversación. Murmura dentro de sí, encogiéndose de hombros: «¿Qué es la verdad?» y sale del pretorio.

¡Qué actual es esta página del Evangelio! Incluso hoy, como en el pasado, el hombre se pregunta: «¿Qué es la verdad?». Pero, como Pilato, da la espalda distraídamente al que dijo: «He venido al mundo para dar testimonio de la verdad» y «¡Yo soy la Verdad!» (Jn 14,6). A través de Internet he seguido in-

tar por cualquier otro ser en el mundo: «Antes de que Abraham existiera, yo soy» (Jn 8,58); y «El que me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9).

La única alternativa a la verdad de Cristo, agregaba el escritor, es que se trata de «un caso de megalomanía demente y fraude gigantesco». ¿Podría tal caso, sin embargo, resistir veinte siglos de feroz crítica histórica y filosófica, y producir los frutos que ha producido?

Hoy se va más allá del escepticismo de Pilato. Hay quien piensa que ni siquiera se debe uno plantear la pregunta «¿Qué es la verdad?», ¡porque la verdad, simple-

Si tuviera el coraje de san Pablo, también yo debería gritar: «¡Os lo ruego: Dejaos reconciliar con Dios!» (2 Cor 5,20). ¡No desperdiciéis tampoco vuestra vida! No abandonéis este mundo como Pilato salió del Pretorio, con esa pregunta en suspenso: «¿Qué es la verdad?» Es demasiado importante. Set rata de saber si hemos vivido para algo, o en vano.

El diálogo de Jesús con Pilato ofrece, sin embargo, la ocasión para otra reflexión dirigida esta vez a nosotros los creyentes y hombres de Iglesia, no a los de fuera: «¡Tu gente y tus sacerdotes me han entregado!»: *Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi* (Jn 18,35). ¡Los hombres de tu Iglesia, tus sacerdotes te han abandonado; han descalificado tu nombre con crímenes horrendos! ¿Y deberíamos seguir creyendo en ti todavía?

También a esta terrible objeción me gustaría responder con las palabras que el mismo escritor recordado escribía al hijo:

Nuestro amor se podrá enfriar y nuestra voluntad rasguñar por el espectáculo de las deficiencias, la locura y los pecados de la Iglesia y sus ministros, pero no creo que quien ha creído de verdad una vez abandone la fe por estas razones, y menos aún quien tiene algún conocimiento de la historia ... Esto es cómodo porque nos empuja a apartar la vista de nosotros mismos y de nuestras faltas y encontrar un chivo expiatorio... Creo que soy tan sensible a los escándalos como lo eres tú y cualquier otro cristiano. He sufrido mucho en mi vida a causa de sacerdotes ignorantes, cansados, débiles y, a veces, incluso malos.

Por lo demás, era de esperar un resultado de este tipo. Comenzó antes de la Pascua con la traición de Judas, la negación de Simón Pedro, la huida de los apóstoles... ¿Llorar, entonces? Sí —recomendaba Tolkien al hijo—, pero por Jesús —por lo que debe soportar— antes que por nosotros. Lloramos —agregamos hoy— con las víctimas y por las víctimas de nuestros pecados.

Una conclusión para todos, creyentes y no creyentes. Este año celebramos la Pascua no con el sonido alegre de las campanas, sino con el ruido en nuestros oídos de bombas y explosiones no lejanas de aquí. Recordemos lo que Jesús respondió una vez a la noticia de la sangre que Pilato había hecho correr, y del derrumbe de la torre de Siloé: «Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera» (Lc 13,5). Si no cambiáis vuestras lanzas en guadañas, vuestras espadas en arados (Is 2,4) y vuestros misiles en fábricas y casas, ¡todos pereceréis de la misma manera!

Los acontecimientos nos han recordado de repente algo. Los arreglos del mundo cambian de un día para otro. Todo pasa, todo envejece; todo —no sólo «la bendita juventud»—, falla. Solo hay una forma de escapar de la corriente del tiempo que arrastra todo detrás de sí: ¡pasar a lo que no pasa! ¡Pon tus pies en tierra firme! Pascua significa tránsito. Tengamos todos este año una verdadera Pascua: Venerados Padres, hermanos y hermanas: ¡pasemos a Aquel que no pasa! ¡Pasemos ahora con el corazón, antes de pasar un día con el cuerpo!



“¡Dios lo perdona todo y Dios siempre perdona! Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”. Así lo dijo el Papa Francisco en su homilía durante la Santa Misa “in Coena Domini” celebrada en la capilla del Nuevo Complejo Penitenciario de Civitavecchia, donde acudió la tarde del 14 de abril, Jueves Santo. Dirigiéndose a la comunidad penitenciaria y en particular a los reclusos, el Pontífice les invitó a vivir “esta ceremonia con el deseo de servir y perdonarse mutuamente”. A continuación, sus palabras.



Todo comienza con la pregunta de Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (Jn 18,33). Jesús quiere que Pilato entienda que la pregunta es más seria de lo que cree, pero que tiene un significado solo si no repite simplemente una acusación de otros. Por eso, pregunta a su vez: «¿Dices esto por ti mismo, o te han dicho otros de mí?».

Trata de llevar a Pilato a una visión más elevada. Le habla de su reino, un reino que «no es de este mundo». El procurador solo entiende una cosa: que no se trata de un reino político. Si se quiere hablar de religión, él no quiere entrar en este tipo de asuntos. Por eso, pregunta con un toque de ironía: «Entonces, ¿tú eres Rey?» «Jesús respondió: Tú lo dices: yo soy rey» (Jn 18,37).

Al declarar que es rey, Jesús se expone a la muerte; pero en lugar de disculparse negándolo, lo afirma fuertemente. Revela su origen superior: «Vine al mundo...»: por lo tanto, misteriosamente existía antes de la vida terrenal, viene de otro mundo. Vino a la tierra ser testigo de la verdad. Trata a Pilato como un alma que necesita luz y verdad y no como a un juez. Se interesa en el destino del hombre Pilato, más que en el suyo personal. Con su llamada a recibir la verdad, quiere inducirle a entrar en sí mismo, a mirar las cosas con un ojo diferente, a colocarse por encima de la contienda momentánea con judíos. El procurador romano capta la invitación que Jesús le dirige, pero

numerables debates sobre religión y ciencia, sobre fe y ateísmo. Una cosa me ha llamado la atención: horas y horas de diálogo, sin mencionar nunca el nombre de Jesús. Y si la parte creyente a veces se atrevía a nombrarlo y aducir el hecho de su resurrección de entre los muertos, inmediatamente se trataba de cerrar el discurso no pertinente al tema. Todo sucede «etsi Christus non daretur»: como si nunca hubiera existido en el mundo un hombre llamado Jesucristo.

¿Cuál es el resultado de todo esto? La palabra «Dios» se convierte en un recipiente vacío que cada uno puede llenar a su antojo. Pero precisamente por esta razón Dios se preocupó por dar contenido a su nombre mismo. «El Verbo se hizo carne». ¡La Verdad se hizo carne! De ahí el arduo esfuerzo por dejar a Jesús fuera del discurso sobre Dios: ¡Él quita al orgullo humano cualquier pretexto para decidir, él, lo que Dios es!

«¡Ah, ciertamente: Jesús de Nazaret!», se objeta. «¡Pero si alguno duda si ha existido!» Un conocido escritor inglés del siglo pasado —conocido por el gran público por ser el autor del ciclo de novelas y películas «El Señor de los Anillos», John Ronald Tolkien— en una carta, dijo esta respuesta a su hijo que le presentaba la misma objeción: Se necesita una sorprendente voluntad de no creer para suponer que Jesús nunca existió o que no dijo las palabras que se le atribuyen, pues son imposibles de inven-

mente, no existe! «¡Todo es relativo, nada es cierto! ¡Pensar lo contrario es una presunción intolerable!» Ya no hay espacio para «las grandes narraciones sobre el mundo y la realidad», incluidos aquellos sobre Dios y sobre Cristo.

Hermanos y hermanas ateos, agnósticos o todavía en búsqueda (si hay alguien escuchando): no es un pobre predicador como yo quien ha pronunciado las palabras que estoy a punto de pronunciar; él es uno de vosotros, uno a quien muchos de vosotros admiráis, de quien escribís y de quien, tal vez, también os consideraréis, de alguna manera, discípulos y continuadores: ¡Søren Kierkegaard, el iniciador de la corriente filosófica del Existencialismo!

Se habla mucho —dice él—. de miserias humanas; se habla mucho de vidas desperdiciadas. Pero desperdiciada es sólo la vida de ese hombre que nunca se dio cuenta, porque nunca tuvo, en el sentido más profundo, la impresión de que hay un Dios y que él —precisamente él, su yo—, está ante este Dios.

Se dice: ¡hay demasiada injusticia, demasiado sufrimiento en el mundo como para creer en Dios! Es cierto, pero pensemos en cuánto más absurdo y desesperanzador se vuelve el mal que nos rodea, sin fe en un triunfo final del bien. La resurrección de Jesús de entre los muertos es la promesa y la garantía cierta de que este triunfo tendrá lugar, porque ya ha comenzado con Él.

Misa "in Coena Domini" del Papa con los presos de la cárcel de Civitavecchia

El Papa: un signo de servir y perdonar a los demás



Cada Jueves Santo leemos este pasaje del Evangelio: es algo sencillo. Jesús, con sus amigos, sus discípulos, está en la cena, la cena de la Pascua; Jesús lava los pies de sus discípulos — una cosa extraña que ha hecho: en aquel tiempo los pies eran lavados por los esclavos a la entrada de la casa.

Y entonces, Jesús —con un gesto que también toca el corazón— lava los pies del traidor, del que le vende.

Este es Jesús y nos enseña esto, simplemente: entre vosotros, debéis lavar los pies. Es el símbolo: entre vosotros, debéis serviros mutuamente; uno sirve al otro, sin interés.

Qué bonito sería que esto se pudiera hacer todos los días y a todas las personas: pero siempre hay interés, que es como una serpiente que entra.

Y nos escandalizamos cuando decimos: "He ido a esa oficina pú-

blica y me han hecho pagar una propina". Esto duele, porque no es bueno. Y a menudo buscamos nuestro propio interés en la vida, como si nos cobráramos una propina.

En cambio, es importante hacer todo sin interés: uno sirve al otro, uno es hermano del otro, uno hace crecer al otro, uno corrige al otro, y así las cosas deben avanzar. Para servir. Y luego, el corazón de Jesús, que le dice al traidor: "Amigo" y también lo espera, hasta el final: lo perdona todo.

Me gustaría poner esto en el corazón de todos nosotros hoy, en el mío también: ¡Dios lo perdona todo y Dios siempre perdona! Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón.

Y cada uno de nosotros, tal vez, tiene algo ahí en su corazón, que lleva desde hace tiempo, que le hace "run-run", algún pequeño esqueleto escondido en el armario. Pero, pídele perdón a Jesús: Él lo perdona todo. Sólo quiere nuestra confianza para pedir perdón. Puedes hacerlo cuando estás solo, cuando estás con otros compañeros, cuando estás con el sacerdote. Esta es una hermosa oración para hoy: "Pero, Señor, perdóname. Trataré de servir a los demás, pero Tú me sirves con tu perdón".

Así es como pagó con el perdón. Este es el pensamiento con el que me gustaría dejarles. Servir, ayudarse mutuamente y estar seguros de que el Señor perdona. ¿Y cuánto perdona? ¡Todo! ¿Y en qué medida? ¡Siempre! Él no se cansa de perdonar: somos nosotros



los que nos cansamos de pedir perdón.

Y ahora, intentaré hacer lo mismo que hizo Jesús: lavar los pies. Lo hago de corazón porque los sacerdotes debemos ser los primeros en servir a los demás, no en explotarlos. El clericalismo a veces nos lleva por este camino. Pero debemos servir. Este es un signo, también

un signo de amor para estos hermanos y hermanas y para todos los que estás aquí; un signo que significa: "Yo no juzgo a nadie. Intento servir a todo el mundo".

Hay uno que juzga, pero es un juez un poco extraño, el Señor: juzga y perdona. Sigamos esta ceremonia con el deseo de servir y perdonarnos.

Celebración de la Pasión el Viernes Santo

Francisco y la cruz en silencio



El Papa besa la cruz y luego la levanta en alto, para presentarla a la adoración de toda la humanidad: un gesto fuerte, envuelto en ese particular silencio que el Viernes Santo acompaña a la celebración de la Pasión del Señor. A las 17 horas, en la Basílica de San Pedro, Francisco presidió el rito con la liturgia de la palabra, la adoración de la Santa Cruz y la Santa Comunión. Precedido por el rosario.

Al llegar en procesión ante el altar de la Confesión, el Papa se recogió en oración. En silencio y con la basílica en esa penumbra que proporciona la esencia espiritual del Viernes Santo. El Papa se situó en el pilar donde se encuentran las estatuas de San Francisco de Paula y San Pedro Fourmier. Detrás de él estaba la cruz que conmemora el quinto centenario de la evangelización del nuevo mundo. La liturgia de la palabra comenzó inmediatamente con la primera lectura y el salmo en italiano, la segunda lectura en inglés y el canto, en latín, de la Pasión del Señor según Juan.

El cardenal Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, propuso la meditación, seguida de un tiempo de silencio para la reflexión personal. El texto de la homilía está publicado en esta página.

Después de que Francisco pronunciara la oración universal del Viernes Santo, el diácono propuso 11 intenciones de oración en latín: al final de cada una el Pontífice dijo la oración correspondiente. Se rezó por la Iglesia, por el Papa, por todos los fieles, por los catecúmenos, por la unidad de los cristianos, por los judíos, por los que no creen en Cristo, por los que no creen en Dios,

por los gobernantes, por los que sufren a causa de la guerra y por los que están en momentos difíciles.

A continuación comenzó la segunda parte de la celebración: la adoración de la Santa Cruz. El diácono llevó la cruz en procesión por la nave central de la basílica haciendo tres paradas, durante las cuales un cantor de la Capilla Sixtina entonó tres veces el *Ecce lignum Crucis, in quo salus mundi pependit*. En cada pausa, el diácono levantaba la cruz en alto.

El diácono presentó la cruz a Francisco, que realizó una adoración silenciosa y

la selló con un beso. A continuación, el Papa presentó la cruz —levantándola, de nuevo en silencio— para que fuera adorada por todos los presentes. A continuación, el diácono llevó y colocó la cruz delante del altar de la Confesión.

El Santísimo Sacramento fue colocado en el altar y llevado por el diácono desde la Capilla de la Reposición a través de la nave. Una vez en el altar, el Papa dirigió el rezo del *Pater noster* y comulgó. Después de la comunión, la celebración terminó con la oración sobre el pueblo pronunciada por el Pontífice y luego en

silencio, tal como había comenzado. Estaban presentes 30 cardenales, entre ellos Re, decano del Colegio de Cardenales, y el Secretario de Estado, Parolin. Veintitrés arzobispos y obispos, numerosos sacerdotes. Con el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede estaban los arzobispos Peña Parra, sustituto para Asuntos Generales, y Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados; monseñor Cona, asesor, y Wachowski, subsecretario para las Relaciones con los Estados. Los monaguillos fueron estudiantes salesianos.



SEMANA SANTA EN VATICANO

En el Coliseo el Vía Crucis presidida por el Papa Francisco

Historias y «guerras» de todos los días

GIAMPAOLO MATTEI

¿Son «más guerra» los horrores que emergen de las fosas comunes en Ucrania o es «más guerra» decretar la muerte de un niño en el vientre de la madre con la «acusación» de ser discapacitado? ¿O es «más guerra» no tender la mano a una persona – sí, de nuevo, también de un niño – que va a ahogarse en el Mediterráneo? ¿Existen clasificaciones para los sacrilegios? ¿Qué suscita más escándalo?

Fue como una bofetada en la cara el Vía Crucis presidido por el Papa en el Coliseo, la noche del Viernes Santo, 15 de abril.

Una bofetada certera en el rostro de cada uno – con una buena sacudida de mundanalidad e indignación barata– porque un grupo de familias ha vuelto a proponer la esencialidad de la experiencia de la cruz: sin rodeos, precisamente a través de historias de la vida real.

Sí, compañeros de viaje de un verdadero Vía Crucis cotidiano, que no dura sólo una noche. El Viernes Santo es probablemente el mejor día para recordarlo.

La vida cotidiana de la cruz, se podría decir. Escondida en el anonimato de un edificio, detrás de la puerta de un vecino. Y lejos, muy lejos, del centro de atención.

Francisco quiso compartir estas historias el Viernes Santo. Sí, en todo el mundo. En el extraordinario escenario del Coliseo, con diez mil personas, en la noche de Roma.

Y, lamentablemente, en la noche del mundo. Francisco siguió en silencio el Vía Crucis conta-

do – con y sin palabras, con gestos– por las familias. Al final el Pontífice pronunció la oración que publicamos en esta página. E impartió la bendición apostólica.

Las 14 meditaciones propuestas están inspiradas en las historias personales de las familias que cargaron la cruz durante la celebración: un joven matrimonio; una familia en misión en Perú (con mellizos nacidos el 14 de marzo); un matrimonio de ancianos sin hijos; una familia con 5 hijos; una familia con un hijo con discapacidad; una familia que gestiona una casa de acogida con personas no autosuficientes y personas con enfermedades mentales; una familia con un padre enfermo; un pareja de abuelos; una familia con hijos adoptados; una mujer, con hijos, que ha perdido a su marido; una familia con un hijo y una hija consagrados; una familia que enfrentada la muerte de una hija por tumor; una familia ucraniana y una familia rusa; una familia de inmigrantes congoleños, ahora independiente y con dos hijos.

Y fueron precisamente los migrantes, en la última estación, quienes entregaron la cruz al cardenal vicario Angelo De Donatis – que con los obispos auxiliares de la diócesis de Roma acompañó a las familias en el itinerario del Vía Crucis – para después saludar personalmente al Papa.

En particular, en la 13ª estación la cruz fue llevada por dos mujeres: Irina y Albina, una ucraniana y una rusa, 42 y 40 años, la primera con tres hijos y la segunda con dos, que se hicieron amigas el año pasado porque son colegas en el



La Oración del Viernes Santo

Padre misericordioso, que haces salir el sol sobre buenos y malos, no abandones la obra de tus manos, por la que no dudaste en entregar a tu único Hijo, que nació de la Virgen, fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió y fue sepultado en las entrañas de la tierra, resucitó de entre los muertos al tercer día, se apareció a María Magdalena, a Pedro, a los demás apóstoles y discípulos, y siempre está vivo en la santa Iglesia, que es su Cuerpo viviente en el mundo. Mantén encendida en nuestras familias la lámpara del Evangelio, que ilumina alegrías y dolores, cansancios y esperanzas; que cada casa refleje el rostro de la Iglesia, cuya ley suprema es el amor. Por la efusión de tu Espíritu, ayúdanos a despojarnos del hombre viejo, corrompido por pasiones engañosas, y revístenos del hombre nuevo, creado según la justicia y la santidad. Tómanos de la mano, como un Padre, para que no nos alejemos de Ti; convierte nuestros corazones rebeldes a tu corazón, para que aprendamos a seguir proyectos de paz; haz que los adversarios se den la mano, para que gusten del perdón recíproco; desarma la mano alzada del hermano contra el hermano, para que donde haya odio florezca la concordia. Haz que no nos comportemos como enemigos de la cruz de Cristo, para que participemos en la gloria de su resurrección. Él, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Centro de cuidados paliativos "Juntos en el cuidado" de la Fundación Policlínico Universitario Campus Bio-Médico de Roma. Significativo el breve texto de la meditación («Jesús muere en la cruz» recuerda la 13ª estación) que fue así propuesto: «Frente a la muerte el silencio es más elocuente que las palabras. Nos detenemos por tanto en un silencio orante y cada uno en el corazón rece por la paz en el mundo». La oficina de prensa ante la Santa Sede notificó que «se trata de un cambio previsto», respecto al que se difundió previamente «que limita el texto al mínimo para encomendarse al silencio y a la oración».

Las miradas, sin el trasfondo de una sola palabra, entre Irina y Albina y entre las familias que se pasaron aquella cruz en las 14 estaciones del Vía Crucis, «dijeron» incluso «más» que los fuertes, directos, claros y apremiantes testimonios de vida.

Pasando la cruz de mano en mano, esas familias – ante el Papa, ante el mundo – representaban a todas, absolutamente a todas las familias del mundo y recordaron que sí, hay oscuridad. Pero también esperanza. Y que en la cruz nunca se está solo. También, y quizás sobre todo, cuando uno está convencido – desesperado – de estar solo. En resumen, nadie se salva solo.

La bofetada de la noche del Viernes Santo señaló abruptamente que en una de esas 14 estaciones podría estar cualquier familia del mundo. A cada uno, entre la cruz y la esperanza, se le podría pedir que cuente su propia historia, para que otras familias se reconozcan en ella. Encontrando juntos – y quizás esta sea la palabra clave: juntos – nuevas miradas de esperanza. Incluso con los brazos y las piernas estirados y clavados en la cruz.

Ese bofetón «obligó» a cada familia a preguntarse qué dirían de sí mismos. Contando el dolor pero también vislumbrando horizontes de vida.

Porque esas familias que llevaron la cruz en el Coliseo no están formadas por personajes ilustres y ni siquiera son «mejores». No, se presentaron con humildad y también con una buena dosis de valentía. Porque se necesita valentía – sazónada con lágrimas– para contar las propias limitaciones, los propios miedos, las propias derrotas, los propios fracasos. El propio ser mujeres y hombres. Niños. Heridos, en algunos casos hasta la muerte.

Y esos muchachos ciertamente no dijeron «menos» – Giorgio Maria con síndrome de Down o Alfredo con una rara enfermedad genética que le impide casi cualquier movimiento o con malestar psíquico – es más con la lógica de la cruz, probablemente son los que hablaron «más». Y más eficazmente.

Junto a sus padres – quienes los acogieron en el hogar familiar son también padres – que ciertamente no aceptan llamarlos «una cruz». Porque viven una alegría, con ellos y a través

de ellos. Incluso en la conciencia de un sufrimiento que muere la carne, por supuesto.

En el Coliseo – en los últimos dos años, debido a la pandemia, se había realizado el Vía Crucis del Viernes Santo en la plaza de San Pedro –, estaban entre otros el alcalde de Roma, Roberto Gualtieri, quien recibió al Papa, el cardenal Tagle, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, monseñor Peña Parra, sustituto para los Asuntos Generales, con el asesor, monseñor Cona. Antes de dejar el Coliseo, el Papa saludó personalmente a dos representantes de las familias que inspiraron las meditaciones y llevaron la cruz: significativamente los dos que viven la experiencia de la discapacidad en silla de ruedas.



En la homilía de la Vigilia del Sábado Santo, aliento a una delegación ucraniana

Os acompañamos en la oscuridad de la guerra y la crueldad

“*¡Ánimo! Os acompañamos*”: aseguró el Papa Francisco a la delegación venida de Ucrania para participar en la tarde del 16 de abril en la solemne Vigilia Pascual de la Noche Santa celebrada en la Basílica Vaticana. En presencia del Pontífice, la celebración litúrgica fue presidida por el cardenal Giovanni Battista Re, decano del Colegio Cardenalicio. Publicamos, a continuación, la homilía que el Obispo de Roma pronunció tras la proclamación del Evangelio.

Muchos escritores han evocado la belleza de las noches, iluminadas por las estrellas. Las noches de la guerra, en cambio, están surcadas por luminosas estelas de muerte. En esta noche, hermanos y hermanas, dejémosnos tomar de la mano por las mujeres del Evangelio, para descubrir con ellas la manifestación de la luz de Dios que brilla en las tinieblas del mundo. Esas mujeres, mientras la noche se disipaba y las primeras luces del alba despuntaban sin clamores, se dirigieron al sepulcro para ungió el cuerpo de Jesús. Y allí vivieron una experiencia desconcertante: primero descubrieron que la tumba estaba vacía; después vieron dos figuras con vestiduras resplandecientes, que les dijeron que Jesús había resucitado; y rápidamente corrieron a anunciar la noticia a los demás discípulos (cf. *Lc 24,1-10*). Ven, escuchan, anuncian. Con estas tres acciones entramos también nosotros en la Pascua del Señor.

Las mujeres ven. El primer anuncio de la Resurrección no se presenta como una fórmula que hay que comprender, sino como un signo que hay que contemplar. En un cementerio, junto a un sepulcro, donde todo debería estar ordenado y tranquilo, las mujeres vieron «que la piedra estaba corrida. Cuando entraron no halla-

ron el cuerpo del Señor Jesús» (vv. 2-3). La Pascua, por tanto, empieza cambiando nuestros esquemas. Llega con el don de una esperanza sorprendente. Pero no es fácil acogerla. A veces —debemos admitirlo— esta esperanza no encuentra espacio en nuestro corazón. También en nosotros, como en las mujeres del Evangelio, prevalecen preguntas e incertidumbres, y la primera reacción ante el signo imprevisto es el miedo, el “no levantar la vista del suelo” (cf. vv. 4-5).

Con mucha frecuencia, miramos la vida y la realidad sin levantar los ojos del suelo; sólo enfocamos el hoy que pasa, sentimos desilusión por el futuro y nos encerramos en nuestras necesidades, nos acomodamos en la cárcel de la apatía, mientras seguimos lamentándonos y pensando que las cosas no cambiarán nunca. Y así permanecemos inmóviles ante la tumba de la resignación y del fatalismo, y sepultamos la alegría de vivir. Pero, sin embargo, esta noche el Señor quiere darnos unos ojos diferentes, encendidos por la esperanza de saber que el miedo, el dolor y la muerte no tendrán la última palabra sobre nosotros. Gracias a la Pascua de Jesús podemos dar el salto de la nada a la vida, «y la muerte ya no podrá defraudarnos más de nuestra existencia» (K. Rahner, *Cosa significa la Pasqua*, Brescia 2021, 28), que ha sido abrazada totalmente y para siempre por el amor infinito de Dios. Es verdad que puede atemorizarnos y paralizarnos, ¡pero el Señor ha resucitado! Levantemos la mirada, quite-mos de nuestros ojos el velo de la amargura y la tristeza, y abrámonos a la esperanza de Dios.

En segundo lugar, las mujeres escuchan. Después de haber visto el se-

pulcro vacío, dos hombres con vestiduras resplandecientes les dijeron: «¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí: ¡ha resucitado!» (vv. 5-6). Nos hace bien escuchar y repetir estas palabras: ¡no está aquí! Cada vez que creemos saber todo sobre Dios, que lo podemos encasillar en nuestros esquemas, repitámonos a nosotros mismos: ¡no está aquí! Cuando lo buscamos sólo en la emoción, muchas veces pasajera, o en el momento de la necesidad, para después hacerlo a un lado y olvidarnos de Él en las situaciones y en las decisiones concretas de cada día, repitámonos: ¡no está aquí! Y cuando pensamos que lo hemos aprisionado en nuestras palabras, en nuestras fórmulas, en nuestras costumbres, pero nos olvidamos de buscarlo en los rincones más oscuros de la vida, donde hay alguien que llora, que lucha, sufre y espera, repitámonos: ¡no está aquí!

Escuchemos también nosotros la pregunta dirigida a las mujeres: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?”. No podemos celebrar la Pascua si seguimos quedándonos en la muerte; si permanecemos prisioneros del pasado; si en la vida no tenemos la valentía de dejarnos perdonar por Dios, que perdona todo, la valentía de cambiar, de terminar con las obras del mal, de decidimos por Jesús y por su amor; si seguimos reduciendo la fe a un amuleto, haciendo de Dios un hermoso recuerdo de tiempos pasados, en lugar de descubrirlo como el Dios vivo que hoy quiere transformarnos a nosotros y al mundo. Un cristianismo que busca al Señor entre los vestigios del pasado y lo encierra en el sepulcro de la costumbre es un cristianismo sin Pascua. ¡Pero el Señor ha resucitado! ¡No nos



detengamos en torno a los sepulcros, sino vayamos a redescubrirlo a Él, el Viviente! Y no tengamos miedo de buscarlo también en el rostro de los hermanos, en la historia del que espera y del que sueña, en el dolor del que llora y sufre: ¡Dios está allí! Por último, las mujeres anuncian. ¿Qué anuncian? La alegría de la Resurrección. La Pascua no acontece para consolar íntimamente al que llora la muerte de Jesús, sino para abrir de par en par los corazones al anuncio extraordinario de la victoria de Dios sobre el mal y sobre la muerte. Por eso, la luz de la Resurrección no quiere retener a las mujeres en el éxtasis de un gozo personal, no tolera actitudes sedentarias, sino que genera discípulos misioneros que “regresan del sepulcro” (cf. v. 9) y llevan a todos el Evangelio del Resucitado. Es por eso que, después de haber visto y escuchado, las mujeres corrieron a anunciar la alegría de la Resurrección a los discípulos. Sabían que po-

dían pensar que estaban locas, tanto es así que el Evangelio dice que sus palabras les parecieron «una locura» (v. 11), pero ellas no se preocuparon de su reputación ni de defender su imagen; no midieron sus sentimientos ni calcularon sus palabras. Solamente tenían el fuego en el corazón para llevar la noticia, el anuncio: “¡El Señor ha resucitado!”

¡Y qué hermosa es una Iglesia que corre de esta manera por los caminos del mundo! Sin miedos, sin estrategias ni oportunismos; sólo con el deseo de llevar a todos la alegría del Evangelio. A esto somos llamados, a experimentar el encuentro con el Resucitado y a compartirlo con los demás; a correr la piedra del sepulcro, donde con frecuencia hemos encerrado al Señor, para difundir su alegría en el mundo. Resucitemos a Jesús, el Viviente, de los sepulcros donde lo hemos metido, liberémoslo de las formalidades donde a menudo lo hemos encerrado. Despertémosnos del sueño de la vida tranquila en la que a veces lo hemos acomodado, para que no moleste ni incomode más. Llévemolo a la vida cotidiana: con gestos de paz en este tiempo marcado por los horrores de la guerra; con obras de reconciliación en las relaciones rotas y de compasión hacia los necesitados; con acciones de justicia en medio de las desigualdades y de verdad en medio de las mentiras. Y, sobre todo, con obras de amor y de fraternidad.

Hermanos y hermanas, nuestra esperanza se llama Jesús. Él entró en el sepulcro de nuestros pecados, llegó hasta el lugar más profundo en el que nos habíamos perdido, recorrió los enredos de nuestros miedos, cargó con el peso de nuestras opresiones y, desde los abismos más oscuros de nuestra muerte, nos despertó a la vida y transformó nuestro luto en danza. ¡Celebremos la Pascua con Cristo! Él está vivo y también hoy pasa, transforma, libera. Con Él el mal no tiene más poder, el fracaso no puede impedir que empecemos de nuevo, la muerte se convierte en un paso para el inicio de una nueva vida. Porque con Jesús, el Resucitado, ninguna noche es infinita; y, aun en la oscuridad más densa, en esa oscuridad brilla la estrella de la mañana.

En esta oscuridad que ustedes viven, señor alcalde, señoras y señores diputados, en esta oscuridad de la guerra, de la crueldad, todos nosotros rezamos, rezamos con ustedes y por ustedes esta noche. Rezamos por tantos sufrimientos. Nosotros podemos darles solamente nuestra compañía, nuestra oración y decirles: “¡Valor! ¡estamos con ustedes!” Y también decirles lo más grande que hoy se celebra: *¡Christòs voskrés!* [¡Cristo ha resucitado!].

El Vía Crucis del cardenal Krajewski en Ucrania

Faltan las lágrimas

NICOLA GORI

“Faltan las lágrimas, faltan palabras”, pero al final llegará el día de la resurrección de Cristo que ha vencido a la muerte. Es el epílogo de un Vía Crucis impregnado de sangre, dolor y dramatismo, donde entre las catorce estaciones está también la de un cuerpo torturado y envuelto en un saco. Y donde en lugar de los tradicionales *flambeaux* hay picos, palas, azadas y excavadoras, herramientas que revelan nuevas atrocidades. Es la guerra, con sus crímenes, y con el odio que quiere destruirlo todo, incluso la dignidad humana, lo que irrumpe en este Viernes Santo. Con este telón de fondo, en Borodjanka, cerca de Kiev, el cardenal limosnero Konrad Krajewski vivió un Vía Crucis silencioso. Frente a las fosas comunes, se arrodilló y luego bajó a un agujero recién cavado. Quería acariciar la tierra como si fuera el sepulcro de un *alter Christus*. Un gesto de afecto hacia las víctimas de una guerra absurda. Es la tercera vez que el cardenal acude en misión de paz a Ucrania en nombre del Papa Francisco para llevar solidaridad y esperanza a la población.

Le acompañó en este Vía Crucis de Viernes Santo el arzobispo Visvaldas Kulbokas, Nuncio Apostólico en Ucrania, que nunca abandonó Kiev ni siquiera cuando la capital fue bombardeada con una violencia inaudita. Fue un momento de emoción, que sólo

con la victoria de Cristo sobre la muerte puede leerse bajo la bandera de la esperanza, como dijo el cardenal a los medios de comunicación del Vaticano a su regreso de Borodjanka a Kiev: “Bueno, con el nuncio volvemos ahora a Kiev —explicó— de estos lugares difíciles para toda persona en el mundo, donde todavía encontramos tantos muertos y una tumba de al menos 80 personas, enterradas sin nombre y sin apellido. Y no hay lágrimas, ni palabras”. Luego añadió: “Es bueno que haya fe, y que estemos en Semana Santa, en el Viernes Santo, cuando podemos unirnos a la persona de Jesús y subir con Él a la Cruz, porque después del Viernes Santo... Lo sé, lo sé: habrá Domingo de Resurrección. Y tal vez Él nos explique todo con su amor y cambie todo en nosotros, esta amargura y este sufrimiento que llevamos desde hace algunos días, pero particularmente desde hoy”. El Vía Crucis de Borodjanka no fue el único momento de oración por las víctimas, el cardenal lo repitió cuando visitó Bucha e Irpin.

De hecho, este Vía Crucis es uno de los momentos culminantes del Triduo que precede al Domingo de Resurrección. El cardenal lo celebra, según el deseo del Papa Francisco, compartiendo con los ucranianos la precariedad de la vida cotidiana junto a los signos de la muerte para ofrecer la certeza de la resurrección, donde la vida tiene la última palabra.



SEMANA SANTA EN VATICANO

En el mensaje "Urbi et Orbi" el llamamiento a los dirigentes de las naciones para que escuchen el clamor de los pueblos contra los conflictos y la violencia

Que un nuevo amanecer de esperanza y de paz despunte pronto

Desde la atormentada Ucrania hasta Oriente Medio, desgarrado por años de conflicto y división, pasando por todos los rincones del mundo donde la gente sufre guerras, violencia, catástrofes naturales o problemas sociales: El Papa Francisco, a mediodía del 17 de abril, Domingo de Pascua de Resurrección del Señor, se asomó a la logia central de la basílica vaticana y dirigió el mensaje pascual —que publicamos a continuación— a los 100.000 fieles presentes en la plaza de San Pedro y a los que le escuchaban por radio, televisión y otros medios de comunicación. Previamente, el Obispo de Roma había presidido la solemne celebración de la misa del día en el parvis de la basílica.

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua!

Jesús, el Crucificado, ha resucitado. Se presenta ante aquellos que lloran por él, encerrados en sus casas, llenos de miedo y angustia. Se pone en medio de ellos y les dice: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19). Les muestra las llagas de sus manos y de sus pies, y la herida de su costado. No es un fantasma, es Él, el mismo Jesús que murió en la cruz y estuvo en el sepulcro. Ante las miradas incrédulas de los discípulos, Él repite: «¡La paz esté con ustedes!» (v. 21).

También nuestras miradas son incrédulas en esta Pascua de guerra. Hemos visto demasiada sangre, demasiada violencia. También nuestros corazones se llenaron de miedo y angustia, mientras tanto de nuestros hermanos y hermanas tuvieron que esconderse para defenderse de las bombas. Nos cuesta creer que Jesús verdaderamente haya resucitado, que verdaderamente haya vencido a la muerte. ¿Será tal vez una ilusión, un fruto de nuestra imaginación?

No, no es una ilusión. Hoy más que nunca resuena el anuncio pascual tan querido para el Oriente cristiano: «¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!». Hoy más que nunca tenemos necesidad de Él, al final de una Cuaresma que parece no querer terminar. Hemos pasado dos años de pandemia, que han dejado marcas profundas. Parecía que había llegado el momento de salir juntos del túnel, tomados de la mano, reuniendo fuerzas y recursos. Y en cambio, estamos demostrando que no tenemos todavía el espíritu de Jesús, tenemos aún en nosotros el espíritu de Caín, que mira a Abel no como a un hermano, sino como a un rival, y piensa en cómo eliminarlo. Necesitamos al Crucificado Resucitado para creer en la victoria del amor, para esperar en la reconciliación. Hoy más que nunca lo necesitamos a Él, para que poniéndose en medio de nosotros nos vuelva a decir: «¡La paz esté con ustedes!».

Sólo Él puede hacerlo. Sólo Él tiene hoy el derecho de anunciarnos la paz. Sólo Jesús, porque lleva las heridas, nuestras heridas. Esas heridas tuyas son doblemente nuestras: nuestras porque nosotros se las causamos a Él, con nuestros pecados, con nuestra dureza de corazón, con el odio fratricida; y nuestras porque Él las lleva por nosotros, no las ha borrado de su Cuerpo glorioso, ha querido conservarlas consigo para siempre. Son un sello indeleble de su amor por nosotros, una intercesión permanente para que el Padre celestial las vea y tenga misericordia de nosotros y del mundo entero. Las heridas en el Cuerpo de Jesús resucitado son el signo de la lucha que Él combatió y venció por nosotros con las armas del amor, para que nosotros pudiéramos tener paz, estar en paz, vivir en paz.

Mirando sus llagas gloriosas, nuestros ojos incrédulos se abren, nuestros corazones endurecidos se liberan y de-



jan entrar el anuncio pascual: «¡La paz esté con ustedes!».

Hermanos y hermanas, ¡dejemos entrar la paz de Cristo en nuestras vidas, en nuestras casas y en nuestros países!

Que haya paz en la martirizada Ucrania, tan duramente probada por la violencia y la destrucción de la guerra cruel e insensata a la que ha sido arrastrada. Que un nuevo amanecer de esperanza despunte pronto sobre esta terrible noche de sufrimiento y de muerte. Que se elija la paz. Que se dejen de hacer demostraciones de fuerza mientras la gente sufre. Por favor, por favor, no nos acostumbremos a la guerra, comprometámonos todos a pedir la paz con voz potente, desde los balcones y en las calles. ¡Paz! Que los responsables de las naciones escuchen el grito de paz de la gente, que escuchen esa inquietante pregunta que se hicieron los científicos hace casi sesenta años: «¿Vamos a poner fin a la raza humana; o deberá renunciar la humanidad a la guerra?» (*Manifiesto Russell-Einstein*, 9 julio 1955).

Llevo en el corazón a las numerosas víctimas ucranianas, a los millones de refugiados y desplazados internos, a las familias divididas, a los ancianos que se han quedado solos, a las vidas destrozadas y a las ciudades arrasadas. Tengo ante mis ojos la mirada de los niños que se quedaron huérfanos y huyen de la guerra. Mirándolos no podemos dejar de percibir su grito de dolor, junto con el de muchos otros niños que sufren en todo el mundo: los que mueren de hambre o por falta de atención médica, los que son víctimas de abusos y violencia, y aquellos a los que se les ha negado el derecho a nacer.

En medio del dolor de la guerra no faltan también signos esperanzadores, como las puertas abiertas de tantas familias y comunidades que acogen a migrantes y refugiados en toda Europa. Que estos numerosos actos de caridad sean una bendición para nuestras sociedades, a menudo degradadas por tanto egoísmo e individualismo, y ayuden a hacerlas acogedoras para todos.

Que el conflicto en Europa nos haga también más solicitos ante otras situaciones de tensión, sufrimiento y dolor que afectan a demasiadas regiones del mundo y que no podemos ni debemos olvidar.

Que haya paz en Oriente Medio, lacrado desde hace años por divisiones y conflictos. En este día glorioso pidamos paz para Jerusalén y paz para aquellos que la aman (cf. *Sal 121 [122]*), cristianos, judíos, musulmanes. Que los israelíes, los palestinos y todos los habitantes de la Ciudad Santa, junto con los peregrinos, puedan experimentar la belleza de la paz, vivir en fraternidad y ac-

ceder con libertad a los Santos Lugares, respetando mutuamente los derechos de cada uno. Que haya paz y reconciliación en los pueblos del Líbano, de Siria y de Irak, y particularmente en todas las comunidades cristianas que viven en Oriente Medio.

Que haya paz también en Libia, para que encuentre estabilidad después de años de tensiones; y en Yemen, que sufre por un conflicto olvidado por todos con incasantes víctimas, pueda la tregua firmada en los últimos días devolverle la esperanza a la población.

Al Señor resucitado le pedimos el don de la reconciliación para Myanmar, donde perdura un dramático escenario de odio y de violencia, y para Afganistán, donde no se consiguen calmar las peligrosas tensiones sociales, y una dramática crisis humanitaria está atormentando a la población.

Que haya paz en todo el continente africano, para que acabe la explotación de la que es víctima y la hemorragia causada por los ataques terroristas especialmente en la zona del Sahel, y que encuentre ayuda concreta en la fraternidad de los pueblos. Que Etiopía, afligida por una grave crisis humanitaria, vuelva a encontrar el camino del diálogo y la reconciliación, y se ponga fin a la violencia en la República Democrática del Congo. Que no falten la oración y la solidaridad para los habitantes de la parte oriental de Sudáfrica afectados por graves inundaciones.

Que Cristo resucitado acompañe y asista a los pueblos de América Latina que, en estos difíciles tiempos de pandemia, han visto empeorar, en algunos casos, sus condiciones sociales, agravadas también por casos de criminalidad, violencia, corrupción y narcotráfico.

Pedimos al Señor Resucitado que acompañe el camino de reconciliación que está siguiendo la Iglesia Católica canadiense con los pueblos indígenas. Que el Espíritu de Cristo Resucitado sane las heridas del pasado y disponga los corazones en la búsqueda de la verdad y la fraternidad.

Queridos hermanos y hermanas, toda guerra trae consigo consecuencias que afectan a la humanidad entera: desde los lutos y el drama de los refugiados, a la crisis económica y alimentaria de la que ya se están viendo señales. Ante los signos persistentes de la guerra, como en las muchas y dolorosas derrotas de la vida, Cristo, vencedor del pecado, del miedo y de la muerte, nos exhorta a no rendirnos frente al mal y a la violencia. Hermanos y hermanas, ¡dejémoslos vencer por la paz de Cristo! ¡La paz es posible, la paz es necesaria, la paz es la principal responsabilidad de todos!

La paz no es un fantasma

ANDREA MONDA

«Por favor, no nos acostumbremos a la guerra». Con su cortesía habitual, el Papa nos recuerda lo esencial, esos requisitos mínimos que constituyen lo que llamamos "ser humano". Parece que el hombre no puede resistir la tentación de la guerra: esta humanidad "terca", como decía el Papa al volver de Malta, parece estar enamorada de la guerra y siempre acaba cayendo en sus "esquemas". En cambio, el hombre, como decía el escritor francés Albert Camus, es "el que se contiene", el que rompe esquemas, el que también vence la tentación del hábito o, peor aún, de la dependencia. En el mensaje Urbi et Orbi pronunciado el Domingo de Resurrección, Francisco advierte del riesgo insidioso que representa el hecho de que el hombre se acostumbre a todo, incluso a la guerra. Así es el hombre, un animal de costumbres: hace las cosas porque las repite y al final no hace más que repetir sin por qué. Olvidando el porqué de la primera vez. No es casualidad que el Papa nos invite a menudo a volver al "primer amor", a la fuente. "Muere lentamente quien se vuelve esclavo de la costumbre", canta la poeta brasileña Martha Medeiros y hay algo de verdad: muchas veces nos convertimos en meros ejecutores de gestos inconscientes, automáticos, que nos hacen capaces de acostumbrarnos a todo, desembocando finalmente en la indiferencia y el cinismo. La vida se convierte así pasivamente en un esquema o programación, cálculo. Sin embargo, quien sea honesto en su juicio debe admitir que los esquemas humanos, incluso los más "consolidados", tienden a saltar, a ser volcados, negados por la vida. Así lo subrayó el Papa en su homilía de la Vigilia Pascual cuando presentó la escena de las mujeres en el sepulcro: «en un cementerio, junto a un sepulcro, donde todo debería estar ordenado y tranquilo, las mujeres vieron que la piedra estaba corrida. Cuando entraron no hallaron el cuerpo del Señor Jesús» (vv. 2-3). La Pascua, por tanto, empieza cambiando nuestros esquemas. Llega con el don de una esperanza sorprendente. Pero no es fácil acogerla». Este es el Evangelio, la Buena Noticia, que llega de forma disruptiva y se presenta como la verdadera gran "novedad" que trastorna la vida de los hombres que se abren para acogerla. No es fácil, tiene razón el Papa. Muchas veces preferimos el camino ya conocido, los caminos ya recorridos, aunque sean los caminos donde abundan la tristeza, la resignación y el resentimiento. Es extraño pero a veces preferimos la esclavitud a la libertad, como lo demuestra la historia del Éxodo.

Pensamos en la paz. ¿No estamos quizá resignados a los esquemas de guerra? Parece que ya no pensamos en la paz, después de menos de dos meses de conflicto en Ucrania parece que ya estamos acostumbrados a la guerra. El Papa expresa claramente este contraste entre la fuerza de la Pascua y nuestra resistencia, subrayando cómo Jesús resucitado entra por las "puertas cerradas" de nuestra incredulidad: «Ante las miradas incrédulas de los discípulos, Él repite: «¡La paz esté con ustedes!» dice en el Mensaje Urbi et Orbi: «También nuestras miradas son incrédulas en esta Pascua de guerra. Hemos visto demasiada sangre, demasiada violencia. También nuestros corazones se llenaron de miedo y angustia, mientras tantos de nuestros herma-

nos y hermanas tuvieron que esconderse para defenderse de las bombas. Nos cuesta creer que Jesús verdaderamente haya resucitado, que verdaderamente haya vencido a la muerte. ¿Será tal vez una ilusión, un fruto de nuestra imaginación? No, no es una ilusión. Hoy más que nunca resuena el anuncio pascual tan querido para el Oriente cristiano: «¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!». Así como los discípulos toman a Jesús por un fantasma, hoy también pensamos en la paz como un fantasma, una fantasía irreal e imposible. Nadie parece creer realmente en la paz, nadie excepto el Papa.

Y, en cambio, la paz debe ser creída, deseada, escogida. «¡dejemos entrar la paz de Cristo en nuestras vidas, en nuestras casas y en nuestros países» rezó el Papa: «Que haya paz en la martirizada Ucrania, tan duramente probada por la violencia y la destrucción de la guerra cruel e insensata a la que ha sido arrastrada. Que un nuevo amanecer de esperanza despunte pronto sobre esta terrible noche de sufrimiento y de muerte. Que se elija la paz».

Por un extraño mecanismo mental, un tic que tiene algo de diabólico (en el sentido etimológico de "separación, división"), tendemos a separar la costumbre de la elección. Como si hacer las cosas por costumbre nos protegiera del peso de la elección, nos quitara la responsabilidad, nos hiciera "esclavos". En cambio, debemos distinguir y mantener juntos, sin separar ni contrastar: no todos los hábitos son negativos, los buenos hábitos existen (y lo sabemos bien). Son las vividas conscientemente, las que no anulan la elección. Por otra parte, los "malos" hábitos, como revela la etimología, nos hacen "malos", esclavos. Afortunadamente hay muchos ejemplos de buenos hábitos: entrar a una casa y saludar, agradecer, disculparse. Son gestos rutinarios, que pueden (y deben) convertirse en "automáticos", pero que siempre requieren una elección. Es propio del bien, que es siempre liberador: exigir la colaboración de todos los recursos personales, mente, corazón y manos. Por eso el Papa insiste a menudo en las tres palabras: permiso, gracias, perdón. No es *bon ton*, es un ejercicio de libertad, y por tanto, de esperanza. Porque se puede acostumbrar al bien y, a partir de estos pequeños gestos, se puede alcanzar grandes metas. El que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho. Lealtad es la palabra correcta. Incluso amar al cónyuge durante toda la vida es a la vez hábito y elección, una elección alegre y fatigosa, que se renueva cada día. Esto es libertad. Roberto Benigni lo subrayó con eficacia en Rai la tarde de Pascua, hablando de la libertad de María que se unía con su "sí" no a uno de sus "esquemas", sino al sueño de Otro, al proyecto de Dios sobre la humanidad.

Abandonar los esquemas anti-guerra de la guerra significa entonces salir de esos malos hábitos que anulan la libertad, haciendo trágica la vida humana. De hecho, si prevalecen los patrones de guerra, entonces la paz es verdaderamente un fantasma. La esperanza muere. Lo dijo con fuerza el Papa en el viaje de regreso de Malta: debemos abandonar urgentemente los esquemas de guerra y pasar a los esquemas inéditos de paz, dejar de preparar la guerra y comenzar a construir la paz. Podemos hacerlo porque la paz no es un fantasma, sino "el don de una esperanza sorprendente".

El Papa Francisco en el Regina Caeli el lunes de Pascua

Que las disputas y las guerras den paso a la reconciliación

“Que las contiendas, guerras y disputas den paso al entendimiento y la reconciliación”: el llamamiento del Papa Francisco resonó en la Plaza de San Pedro al mediodía del lunes de Pascua, al final del “Regina Caeli” recitado desde la ventana del estudio privado del Palacio Apostólico Vaticano. Antes de la oración mariana, el Pontífice comentó, como es habitual, el Evangelio propuesto por la liturgia.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los días de la Octava de Pascua son como una sola jornada en la que se prolonga la alegría de la Resurrección. Así, el Evangelio de la liturgia de hoy sigue hablándonos del Resucitado, de su aparición a las mujeres que habían ido al sepulcro (cf. Mt 28,8-15). Jesús sale a su encuentro, las saluda; luego les dice dos cosas, que también a nosotros nos vendrá bien recibir como regalo de Pascua, dos consejos del Señor. Un regalo de Pascua. En primer lugar, las tranquiliza con dos simples palabras: «No tengáis miedo» (v. 10). No tengáis miedo. El Señor sabe que los miedos son nuestros enemigos cotidianos. También sabe que nuestros miedos nacen del gran miedo, el miedo a la muerte: miedo a desvanecerse, a perder a los seres queridos, a enfermar, a no poder más... Pero en la Pascua Jesús venció a la muerte. Por tanto, nadie puede decirnos de forma más convincente: “No temas”, “no tengas miedo”. El Señor lo dice allí mismo,

junto al sepulcro del que salió victorioso. Así nos invita a salir de las tumbas de nuestros miedos. Pongamos atención: salir de las tumbas de nuestros miedos, porque nuestros miedos son como tumbas, nos entierran dentro. Él sabe que el miedo está siempre agazapado a la puerta de nuestro corazón y que necesitamos que nos repitan no temas, no tengas miedo, no temas: en la mañana de Pascua como en la mañana de cada día escuchar: “No temas”. Ten valor. Hermano, hermana, que crees en Cristo, no tengas miedo. “Yo —te dice Jesús— he probado la muerte por ti, he cargado sobre mí tu mal. Ahora he resucitado para decírtelo: estoy aquí, contigo, para siempre. ¡No temas!”. No tengan miedo. Pero, ¿qué hacer para combatir el miedo? Nos ayuda la segunda cosa que Jesús dice a las mujeres: «Id y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (v. 10). Id a proclamar. El miedo siempre nos encierra en nosotros mismos; Jesús, en cambio, nos deja salir y nos envía a los demás. Aquí está el remedio. Pero yo —podemos decir— ¡no soy capaz! Pero piensen, aquellas mujeres no eran ciertamente las más idóneas ni las más preparadas para anunciar al Resucitado, pero al Señor no le importa. A Él le importa que vayan y lo anuncien. Salir y anunciar, “salir y anunciar”. Porque la alegría de la Pascua no es para guardarla para uno mismo. La alegría de



Cristo se fortalece al darla, se multiplica al compartirla. Si nos abrimos y llevamos el Evangelio, nuestro corazón se expande y supera el miedo. Este es el secreto: anunciar para vencer el miedo. El texto de hoy, nos dice que el anuncio puede encontrar un obstáculo: la falsedad. De hecho, el Evangelio narra “un contra-anuncio”. ¿Cuál es? El de los soldados que habían custodiado el sepul-

cro de Jesús. Se les paga —dice el Evangelio— «una buena suma de dinero» (v. 12), una buena propina, y reciben estas instrucciones: «Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras vosotros dormíais» (v. 13). ¿Vosotros dormíais? ¿Habéis visto en el sueño cómo robaban el cuerpo? Ahí hay una contradicción, pero una contradicción que todo el mundo cree,

porque hay dinero de por medio. Es el poder del dinero, ese otro señor al que Jesús dice que nunca hay que servir. Hay dos señores: Dios y el dinero. No sirváis nunca al dinero. Aquí está la falsedad, la lógica de la ocultación, que se opone a la proclamación de la verdad. Es una advertencia también para nosotros: la falsedad —en las palabras y en la vida— contamina el anuncio, co-

rompe por dentro, conduce de nuevo al sepulcro. Las falsedades nos llevan hacia atrás, nos llevan directamente a la muerte, al sepulcro. El Resucitado, en cambio, quiere sacarnos de las tumbas de las falsedades y de las dependencias. Ante el Señor resucitado, este otro “dios”: el dios del dinero, que lo ensucia todo, lo arruina todo, cierra las puertas de la salvación. Y esto está en todas partes: adorar a este dios dinero es una tentación en la vida cotidiana.

Queridos hermanos y hermanas, nosotros nos escandalizamos con razón cuando, a través de la información, descubrimos engaños y mentiras en la vida de las personas y en la sociedad. ¡Pero pongamos también nombre a la falsedad que llevamos dentro! Y pongamos nuestra opacidad, nuestras falsedades ante la luz de Jesús resucitado. Él quiere sacar a la luz las cosas ocultas, hacernos testigos transparentes y luminosos de la alegría del Evangelio, de la verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Que María, la Madre del Resucitado, nos ayude a superar nuestros miedos y nos conceda la pasión por la verdad.

Al finalizar el “Regina Caeli” el Papa saludó a los presentes y renovó el llamamiento a la paz.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Una vez más, ¡felices Pascuas a todos, romanos y peregrinos de varios países!

Que la gracia del Señor Resucitado dé consuelo y esperanza a todos los que sufren: ¡que nadie sea abandonado! Que las contiendas, guerras y disputas den paso al entendimiento y la reconciliación. Subrayemos siempre esta palabra: reconciliación, porque lo que hizo Jesús en el Calvario y con su resurrección es reconciliarnos a todos con el Padre, con Dios y entre nosotros. ¡Reconciliación! Dios ha ganado la batalla decisiva contra el espíritu del mal: ¡dejemos que venza Él! Renunciemos a nuestros planes humanos, convirtámonos a sus designios de paz y justicia.

Agradezco a todos los que me han enviado, en estos días, expresiones de buenos deseos. Estoy especialmente agradecido por las oraciones. Pido a Dios, por intercesión de la Virgen María, que recompense a cada uno con sus dones.

Esta tarde, aquí en la Plaza, me encontraré con más de cincuenta mil adolescentes de toda Italia. ¡Un hermoso signo de esperanza! ¡Ya hay algunos! Por eso la plaza está preparada así.

Deseo que todos vivan estos días de Pascua en la paz y la alegría que vienen de Cristo Resucitado. Por favor, sigan rezando por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Desde la plaza se escuchó: “¡Viva el Papa!” y Francisco respondió:

El Papa responde: ¡Eh! ¡Qué bien los chicos de la Inmaculada!

En el encuentro del Pontífice con un grupo de educadores católicos irlandeses

La responsabilidad de la Iglesia en la formación de las nuevas generaciones

La mañana del miércoles 20 de abril, en el Aula Pablo VI, antes de la audiencia general, el Papa Francisco recibió a una delegación de profesores, educadores e investigadores del proyecto Grace (*Global researchers advancing catholic education*), llegados desde Irlanda.

El reverendo Eamonn Conway, director del Departamento de Teología y Estudios Religiosos del Mary Immaculate College de Limerick, presentó el contenido de la iniciativa al Papa, quien, a su vez, pronunció un discurso.

El Proyecto Grace, lanzado en los dos últimos años, pretende —explican sus promotores— transmitir a las nuevas generaciones una nueva confianza en la educación católica, con sus valores y su aportación original. El Proyecto Grace pretende formar a profesores católicos en Irlanda, con el objetivo principal de reavivar la moral de la enseñanza católica y la responsabilidad educativa de la Iglesia. Teniendo en cuenta la profunda crisis sufrida por los casos de abuso sexual.

En Irlanda, cerca del 90% de las escuelas primarias están dirigidas por la Iglesia Católica. Por ello, casi todos los niños irlandeses están bajo la responsabilidad de educadores católicos.

Es un reto muy importante y un trabajo muy delicado también para los formadores: se trata de capacitar a



toda una nueva generación de profesores y educadores católicos.

El Proyecto Grace está aportando energía renovada, confianza y esperanza a la educación católica, tanto en Irlanda como en el extranjero, afirman los participantes en la iniciativa. El proyecto del Colegio María Inmaculada de Limerick colabora con el Boston College de Estados Unidos, la Universidad de Notre Dame de

Fremantle (Australia) y la Universidad Saint Mary de Twickenham (Londres).

La delegación recibida por el Papa —compuesta por profesores de primaria y postprimaria, muchos de los cuales están realizando o han terminado recientemente estudios de postgrado en el Colegio María Inmaculada— se encuentra en Roma desde el martes 19, hasta el sábado 23 de abril.

Durante estos días participará en reuniones sobre el Pacto Mundial por la Educación, fuertemente defendido por el Papa Francisco.

La peregrinación de la comunidad de trabajo del proyecto Grace cuenta también con el apoyo del presidente de la Conferencia Episcopal Irlandesa, el arzobispo de Armagh, monseñor Eamonn Martin, y de monseñor Brendan Leahy, obispo de Limerick.

LA ENTREVISTA A FRANCISCO

En el programa de la televisión pública italiana "A Sua Immagine"

El mundo está en guerra, pero en la vida está el ancla de la esperanza

En este Viernes Santo en el que "el mundo está en guerra" para el Papa Francisco "la palabra clave es esperanza": que en la vida cristiana es "la más humilde de las virtudes", "pero es la más fuerte". Lo señala el Pontífice en una entrevista con la presentadora del programa "A Sua Immagine" Lorena Bianchetti, que se emitió el viernes 15 de abril en el canal de la televisión pública italiana RAI 1. Con el conflicto de Ucrania como telón de fondo, los otros temas que se abordaron son la fuerza de las mujeres, las migraciones, la carrera armamentística, las personas que no pueden llegar a fin de mes, las víctimas de la mafia, la presencia del mal en la sociedad y la capacidad de perdonar. Con la amable autorización del programa publicamos la transcripción de la conversación entre el Papa Francisco y la presentadora.

Santidad, en primer lugar, gracias, porque estoy aquí en nombre de todas las personas que actualmente experimentan estados de ánimo complejos: desconcierto, angustia, miedo, sufrimiento. Comienzo con una hora: las tres, las tres de la tarde. Jesús muere en la cruz, y muere como un hombre inocente. Hay mucha gente inocente que no quiere la guerra, pero que la sufre. En los últimos días se han visto imágenes de cuerpos sin vida en las calles, incluso se habla de crematorios ambulantes, pero también de violaciones, devastación y barbarie. ¿Qué le pasa a la humanidad, Santidad?

Santo Padre: Pero esto no es nada nuevo, querida. Un escritor dijo que "Jesucristo está en agonía hasta el fin del mundo", está en agonía en sus hijos, en sus hermanos, especialmente en los pobres, en los marginados, en la pobre gente que no puede defenderse. En este momento, en Europa, esta guerra nos golpea mucho. Pero miremos un poco más allá. El mundo está en guerra, el mundo está en guerra. Siria, Yemen, y luego piensa en los rohinyás, expulsados, sin patria. En todas partes hay guerra. El genocidio de Ruanda hace 25 años. Porque el mundo ha elegido -es duro decirlo- pero ha elegido el patrón de Caín y la guerra es implementar el cainismo, es decir, matar al hermano.

Y precisamente porque existe el bien y el mal, usted nos ha advertido a menudo sobre el modo en que actúa el mal. Nos ha dicho que el diablo se presenta de forma amable, nos adula, pero en realidad el mal solo quiere que fracasemos: con el diablo no se dialoga. Y por eso le pregunto, precisamente a la luz de lo que decía, ¿cómo podemos encontrar formas de mediación, formas de diálogo con quien, o en todo caso, con quienes solo desean y persiguen la opresión?

Cuando digo que no se puede dialogar con el diablo, es porque el diablo es el mal, ¡sin nada bueno! Digamos que es como el mal absoluto. ¡Es el que se ha rebelado totalmente contra Dios! Pero con las personas que están enfermas, que tienen esta enfermedad del odio, se habla, se dialoga, y Jesús dialogaba con muchos pecadores, incluso hasta con Judas al final como "amigo", siempre con ternura, porque todos tenemos siempre -con el Espíritu del Señor que Él ha sembrado en nosotros- algo bueno. Y cuando estoy frente a una persona y siempre tengo - todos decimos, esto lo digo de manera diferente - cuando estamos frente a una persona tenemos que pensar qué digo de esta persona: el lado malo o el lado oculto, que es más bueno. ¡Todos tenemos algo bueno, todos! Es precisamente el sello de Dios en nosotros. Nunca debemos considerar que una vida ha terminado, no, que ha terminado en el mal, o decir "Este es un condenado". Se me viene a la mente aquella señora que se confesó con el cura de Ars porque su marido se había tirado del puente. El cura la escuchó, estaba llorando. Dijo: "Lo que más me corroe es que está en el infierno". "Deténgase", le dijo. "Entre el puente y el río está la misericordia de Dios". Dios siempre trata de salvarnos hasta el final, porque Él ha sembrado en nosotros la parte buena. Lo sembró también en Caín, Abel y Caín, pero Caín hizo una acción de violencia y con esta acción se hace una guerra.

Pero, en su opinión, ¿existe un compromiso suficiente desde el punto de vista cultural -digo también a nivel eclesial, no solo cultural- para advertir a las personas contra la tentación de caer en el infierno en sus corazones ya en esta tierra?

Lo digo porque a veces vivimos en una sociedad en la que parece que lo diabólico es decididamente más fascinante, más estimulante que lo bueno, lo honesto, lo amable e incluso lo espiritual, que aparece y se propone como aburrido. Sí, es cierto. El mal es más seductor. Volviendo al demonio, algunos dicen que hablo demasiado del demonio. Pero es una realidad. Creo en ello, ¡eh! Algunos dicen: "No, es un mito". Yo no voy con el mito, voy con la realidad, creo en ella. Pero es seductor. La seducción siempre trata de entrar, de prometer algo. Si los pecados fueran feos, si no tuvieran algo de bello, nadie pecaría. El diablo te presenta algo hermoso en el pecado y te lleva a pecar. Por ejemplo, los que hacen la guerra, los que destruyen la vida de los demás, los que explotan a la gente en su trabajo. El otro día escuché a una familia contar que su padre, aún joven, tenía que trabajar como obrero por muy poco, pero salía por la mañana temprano, volvía por la tarde y era explotado por una empresa multimillonaria. Esto también es una guerra. Esto también es destrucción, no solo los tanques, esto también es destrucción. El diablo siempre busca nuestra destrucción. ¿Por qué? Porque somos la imagen de Dios. Volvamos al principio, a las tres de la tarde. Jesús muere, muere solo. La soledad más absoluta, abandonado incluso por Dios: "¿Por qué me has abandonado?". La soledad más absoluta, porque quiso descender a la más horrible de las soledades del hombre para levantarnos desde allí. Él regresa al Padre, pero primero bajó, está en cada persona explotada, que sufre guerras, que sufre la destrucción, que sufre la trata. Cuántas mujeres son esclavas de la trata, aquí en Roma y en las grandes ciudades. Es obra del mal. Es una guerra.

En definitiva, como también dijo Dostoievski en Los hermanos Karamazov: "La batalla entre Dios y el demonio es el corazón mismo del Hombre". Ahí es donde se juega el partido.

Es allí donde se juega. Por eso necesitamos esa mansedumbre, esa humildad para decirle a Dios: "Soy un pecador, pero tú sálvame, ayúdame". Porque cada uno de nosotros tiene dentro de sí la posibilidad de hacer lo que hacen estas personas que destruyen a la gente, explotan a la gente. Porque el pecado es una posibilidad de nuestra debilidad y también de nuestra soberbia.

Usted decía antes, recordaba la frase pronunciada por Jesús en la cruz: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" y esta frase traduce la soledad, pero también el desánimo, la angustia y, por tanto, también la desesperación, el estado de ánimo que todos experimentamos cuando no sabemos cuál puede ser la solución a un dolor, pero también a un sentimiento de culpa. En cuanto a la desesperación, Santidad, me viene a la mente una imagen de esta guerra -y lo digo como madre-: un padre corriendo con su hijo en brazos porque ha sido alcanzado por las esquirlas de una bomba. Él y su esposa corren al hospital desesperados. La noticia que nos ha llegado es que este niño desgraciadamente no ha sobrevivido. No puedo imaginar una desesperación más desgarradora que la de dos padres que pierden a un hijo de esta manera. ¿Qué le nace decirles? ¿Qué le nace decir a los padres que viven esta experiencia devastadora?

¿Sabe?, en la vida se aprende. He tenido que aprender muchas cosas y todavía tengo que aprender porque espero vivir un poco más, pero tengo que aprender. Y una de las cosas que he aprendido es a no hablar cuando alguien está sufriendo. Ya sea a un enfermo o en una tragedia. Los tomo de la mano, en silencio. Pero cuando vienen a ti [a hablarte] y estás enfermo: "No, pero usted aquí, allí, pero el Señor...". ¡Cállate! ¡Cállate! Frente al dolor: silencio. Y llanto. Es cierto que el llanto es un don de Dios, es un don que debemos pedir: la gracia de llorar, ante nuestras debilidades, ante las debilidades y tragedias del mundo. Pero no hay palabras. Usted ha citado a Dostoievski. Me viene [a la mente] ese pequeño libro, que es como un resumen de toda su filosofía, su teología, todo: Memorias del subsuelo. Y ahí está, cuando alguien muere, muere uno -son condenados, presos que están en el hospital- alguien muere ahí y lo toman y se lo llevan. Y el otro, desde la otra cama, dice: "Por favor, ¡deténganse! Este también tenía una

madre". La figura de la mujer, la figura de la madre, delante de la cruz. Este es un mensaje, es un mensaje de Jesús para nosotros, es el mensaje de su ternura en su madre. En el peor momento de su vida, Jesús no insultó.

Ya que menciona a las mujeres, Santidad, bajo la cruz había justamente mujeres, bajo la cruz de Jesús. Hay otra imagen que me gustaría proponerle. Volvamos a Ucrania. Una mujer embarazada, llevada en camilla por haber sido herida en la guerra, transportada en medio de las masacres, intenta acariciar su vientre con el último aliento de fuerza que le queda. Por lo que supimos, tampoco esta mujer con su hijo sobrevivió. Pero lo que realmente me viene a la mente son las mujeres, la fuerza de las mujeres. Me vienen a la mente las madres rusas, las madres ucranianas. Y por eso le pregunto sobre el papel de las mujeres: ¿qué importancia tiene un papel activo de las mujeres en la mesa de negociaciones para construir concretamente la paz?

"Las mujeres son capaces de dar vida incluso a un muerto" es un dicho. Las mujeres están en la encrucijada de las mayores fatalidades, están ahí, son fuertes. Es interesante. Jesús es el esposo de la Iglesia y la Iglesia es mujer, por eso la Madre Iglesia es tan fuerte. No hablo del clericalismo, de los pecados de la Iglesia. No, la Madre Iglesia se refiere a la que está al pie de la cruz apoyándonos a los pecadores. Algo que me llama mucho la atención, que me hace pensar en María y en las otras mujeres al pie de la cruz... A veces tenía que ir a alguna parroquia en una zona llamada Villa Devoto, en Buenos Aires, y tomaba el autobús 86. Este pasa por delante de la cárcel y muchas veces pasaba por allí y había una fila de madres de presos. Daban la cara por sus hijos, porque todo el que pasaba decía: "Esta es la madre de alguien que está dentro". Y soportaban los controles más vergonzosos, pero para ver a su hijo. La fuerza de una mujer, de una madre que es capaz de acompañar a sus hijos hasta el final. Y esta es María y las mujeres al pie de la cruz. Es acompañar a su hijo, sabiendo que mucha gente dice: "¿Cómo ha educado a su hijo que ha acabado así?". Chisme inmediatamente. Pero las mujeres no se preocupan: cuando hay un hijo de por medio, cuando hay una vida de por medio, las mujeres siguen adelante. Por eso es tan importante, tan importante lo que dice: dar un papel a las mujeres en los momentos difíciles, en los momentos de tragedia. Ellas saben lo que es la vida, lo que es la preparación para la vida y lo que es la muerte, lo saben bien. Hablan ese idioma.

Y hay, Santidad, -también porque estamos hablando de las muchas muertes causadas por la guerra- hay más muertes silenciosas, pero no menos cruentas. Pienso en quienes son asesinados por la mafia y pienso en las mujeres asesinadas por sus propias parejas. Es cierto que los últimos serán los primeros en el Cielo, pero ¿cómo pueden estas personas y los que pierden sus afectos creer en la justicia, en una recompensa ya en esta tierra?

La explotación de las mujeres es el pan nuestro de cada día. La violencia contra las mujeres es el pan nuestro de cada día. Mujeres que son golpeadas, que sufren la violencia de sus parejas y lo llevan en silencio o se alejan sin decir por qué. Nosotros los varones siempre tendremos razón: somos los perfectos. Y las mujeres están condenadas al silencio por la sociedad. "No, pero esta está loca, esta es una pecadora". Eso es lo que decían de la Magdalena: "¡Mira lo que ha hecho, es una pecadora!". "¿Y tú no eres un pecador? ¿Tú no te equivocas?". Pero las mujeres son la reserva de la humanidad, puedo decir esto, estoy convencido de ello. Las mujeres son la fuerza. Y allí, al pie de la cruz, huyeron los discípulos, las mujeres no, las que lo habían seguido durante toda su vida.

Y Jesús, de camino al Calvario, se detiene ante un grupo de mujeres que lloraban. Ellas tienen la capacidad de llorar, los hombres somos peores. Y se detiene [y dice]: "Lloren por sus hijos", porque harán mucho contra ellos.

Y en este período, Su Santidad, pienso en la huida: están esas imágenes que cuentan la huida de los ucranianos que se ven obligados a dejar sus tierras, sus casas, sus afectos. Es uno de los últimos éxodos a los que probablemente, por desgracia, nos estamos acostumbrando. Pero, en este caso,

ha habido una respuesta concreta, real. Una respuesta que, le pregunto, en su opinión, ¿ha derribado los muros de la indiferencia y los prejuicios contra los que huyen de otras partes del mundo porque han sido heridos por la guerra, o se sigue dividiendo a los refugiados en severas categorías?

Es cierto. Se subdivide a los refugiados. De primera clase, de segunda clase, del color de la piel, [si] vienen de un país desarrollado [o de] uno no desarrollado. Nosotros somos racistas, somos racistas.

Y esto es malo. El problema de los refugiados es un problema que también sufrió Jesús, porque fue emigrante y refugiado en Egipto cuando era niño, para escapar de la muerte. ¡Cuántos de ellos sufren para escapar de la muerte! Hay un cuadro de la huida a Egipto que hizo un pintor piomontés. Me lo envié y le hice unas fotos: ahí está José con el niño huyendo. Pero no es san José con barba, no. Es un sirio, de hoy, con el niño, huyendo de la guerra de hoy. La cara de angustia que tienen estas personas, como Jesús obligado a huir.

Y Jesús ha pasado por todas estas cosas, pero está ahí. En la cruz están los pueblos de los países de África en guerra, de Oriente Medio en guerra, de América Latina en guerra, de Asia en guerra.

Hace algunos años dije que estábamos viendo la tercera guerra mundial en pedazos. Pero no hemos aprendido. Yo soy un ministro del Señor y un pecador, elegido por el Señor, pero, un pecador así. Cuando fui a Redipuglia en 2014, para la conmemoración del centenario, vi y lloré. Me vino solo el llanto. Todos jóvenes, todos muchachos.

Después, un día fui al cementerio de Anzio y vi a estos jóvenes que habían desembarcado en Anzio. ¡Todos jóvenes! Y lloré allí, una vez más. Lloro frente a esto. Hace dos años, creo, cuando fue la conmemoración del desembarco de Normandía, vi a los jefes de gobierno, hubo una reunión... estaban conmemorando esto.

Pero, ¿por qué no conmemoramos todos a los treinta mil soldados que cayeron en la playa de Normandía? La guerra crece con la vida de nuestros hijos, de nuestros jóvenes. Por eso digo que la guerra es una monstruosidad. Vayamos a estos cementerios que son la vida misma de esta memoria.

Pensemos en esa escena sobre la que se escribe: barcos llegando a Normandía, abriendo, saltando con sus fusiles, los muchachos y los alemanes... (nota del editor: el Santo Padre hace la mímica del gesto de disparar). Treinta mil en la playa.

Esos me lleva a la carrera de las armas, a este tema. Este es un tema que ha abordado muchas veces, y quizás no siempre se le ha dado el énfasis adecuado. Porque usted ha dicho que en los últimos tiempos se ha invertido más en armas que en educación o formación. ¿Por qué los seres humanos no han aprendido del pasado y siguen utilizando las armas para resolver sus problemas?

Yo entiendo a los gobernantes que compran armas, los entiendo. No los justifico, pero los entiendo. Porque tenemos que defendernos, porque [es] el esquema cainita de la guerra. Si fuera un modelo de paz, esto no sería necesario. Pero vivimos con este esquema demoníaco, [que dice] que nos matemos unos a otros en aras del poder, en aras de la seguridad, en aras de muchas cosas. Pero pienso en las guerras ocultas, que nadie ve, que están lejos de nosotros. Muchas. ¿Para qué? ¿Para explotar? Hemos olvidado el lenguaje de la paz, lo hemos olvidado. Se habla de paz. Las Naciones Unidas han hecho de todo, pero no han tenido éxito. Regreso al Calvario. Allí Jesús lo hizo todo. Intentó con piedad, con benevolencia, convencer a los dirigentes y [en cambio] no: ¡guerra, guerra, guerra contra él! A la mansedumbre oponen la guerra por la seguridad. "Es mejor que un hombre muera por el pueblo", dice el sumo sacerdote, porque al contrario vendrán los romanos. Y la guerra.

Entonces me refiero a lo que estaba diciendo. Antes hemos hablado de las mujeres bajo la cruz. Pero sobre los hombres que tienen poder... En esa época estaban Pilato, Herodes, Caifás. Todas estas personas podrían haber salvado a un

a cristiana

inocente, pero no lo hicieron: prefirieron no afrontar el riesgo de la verdad. Esas personas están muertas, pero su forma de hacer las cosas sigue siendo actual. ¿Por qué no tenemos el coraje de elegir este bien y también de defender al Hombre que simplemente había pedido que nos amáramos unos a otros?

Hay una mujer en el Evangelio de la que no se habla mucho —un poco de pasada, se dice—, es la esposa de Pilato. Ella había entendido algo. Le dice a su marido: “No te metas con este hombre justo”. Pero Pilato no la escucha, “cosas de mujeres”. Pero esta mujer, que pasa inadvertida, sin fuerza en el Evangelio, comprendió desde lejos ese drama. ¿Por qué? Tal vez era madre, tenía esa intuición de las mujeres. “Ten cuidado de que no te engañen”. ¿Quién? El poder. El poder que es capaz de cambiar la opinión de la gente de domingo a viernes. El Hosanna del domingo se convierte en el ¡Crucifícalo! del viernes. Y este es nuestro pan de cada día. Necesitamos que las mujeres den la voz de alarma.

Y así, Santidad, Jesús en la cruz, después de esa frase, “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Hablábamos de desesperación, de desánimo y también de soledad: el Viernes Santo es un poco el día de la soledad. Y la soledad me hace pensar inevitablemente en lo que cada uno de nosotros sintió durante el periodo más agudo de la pandemia. Pienso en los ancianos, pienso en los jóvenes, pienso en las personas que viven el calvario de la enfermedad, en los que llevaban un casco porque no podían respirar. Y también pienso en usted, Santidad, en ese 27 de marzo de 2020. ¿Qué pensaba en ese momento, mientras cruzaba la plaza de San Pedro, completamente vacía, bajo la lluvia, mientras subía al atrio?

No sé si pensaba. Sentía, sí. Estaba mirando, sentía el drama de ese momento, de tanta gente. Pero usted subrayó la soledad, el sufrimiento de aquel tiempo, de los ancianos. Es curioso: siempre son ellos quienes pagan la cuenta. Y también los jóvenes, porque les cortamos la esperanza a los jóvenes. Les hacemos tomar el camino de Turandot: “La esperanza que siempre defrauda”. ¡No, la esperanza no defrauda! Pero son los jóvenes y los ancianos los que tienen en sus manos y en su corazón la posibilidad de reaccionar. Por eso insisto tanto en que los jóvenes y los ancianos dialoguen. La sabiduría de los viejos, pero con la soledad que han sufrido. La sabiduría de los ancianos a menudo se descuida y se deja de lado en una casa de reposo. Me gustaba ir a las residencias de ancianos de Buenos Aires, había muchas en una gran ciudad. Le pregunté a una mujer: “¿Cómo está? ¿Cuántos hijos? ¿Ah, cuatro? ¿Y vienen?” “Sí, no me dejan sola”. La enfermera escuchaba y, al salir, dijo: “Padre, hace seis meses que no viene nadie”. El abandono de los mayores y el abandono de la sabiduría, porque a veces somos superhombres, lo sabemos todo. ¡No sabemos nada! La soledad de los mayores y la utilización de los jóvenes, porque a los jóvenes sin la sabiduría que les da un pueblo los irá mal. Todo esto lo tenía Jesús en su corazón en ese momento: todos estábamos allí. Usted recordaba la Statio Orbis de marzo de hace dos años y sentía todo esto. Pero yo no sabía que la plaza estaría vacía, no lo sabía. Llegué allí y [no había] nadie. Sí, sabía que con la lluvia habría poca gente, pero nadie. Era un mensaje del Señor para entender bien la soledad. La soledad de los ancianos, la soledad de los jóvenes que dejamos solos. “¡Deja que sean libres!”. ¡No! Solos serán esclavos. ¡Acompáñalos! Por eso es importante que tomen la herencia de los mayores, la bandera de la deuda de ellos. La soledad de los jóvenes, de los viejos. La soledad de quienes tienen una enfermedad mental en las residencias sanitarias. La soledad de las personas que atraviesan una tragedia personal o familiar. La soledad de una mujer que es golpeada por su marido, pero que calla para salvar a su familia. Tenemos muchas soledades propias. Usted también tiene la tuya. Yo tengo la mía. Usted debe tener la suya, seguramente. Pequeñas soledades, pero es ahí, en esas pequeñas soledades, donde podemos entender la soledad de Jesús, la soledad de la cruz.

¿Se ha sentido alguna vez solo en el desempeño de su ministerio?



No, Dios ha sido bueno conmigo. No lo sé. ¡Siempre, si hay algo malo, pone a alguien a ayudarme! Se hace presente. Ha sido muy generoso. Tal vez porque Él sabe que no puedo hacerlo solo. (nota del editor: ríe).

Sabe que el 27 de marzo —creo que hablo realmente en nombre de todos— nos tomó en sus brazos, nos dio mucha fuerza ese día. A partir de ese momento, cada uno de nosotros tomó conciencia y, de alguna manera, creo que volvimos a empezar. Otra pregunta porque, como hemos dicho, Jesús fue azotado, humillado, coronado de espinas, crucificado. Y todo esto de alguna manera le vino de su familia, porque fue traicionado por Judas, fue negado por Pedro. En resumen, los golpes mortales vinieron de sus cercanos. Entonces, ¿cuáles son las heridas que la Iglesia sigue infligiendo al crucificado en la actualidad?

Hablo claramente de esto, porque estoy convencido de ello. La cruz más dura que la Iglesia hace al Señor hoy es la mundanidad, el espíritu de la mundanidad. El espíritu de la mundanidad, que es un poco como el espíritu del poder, pero no solo del poder, es vivir en un estilo mundano que —curiosamente— se nutre y crece con el dinero. Aquí hay algo interesante. En las tres tentaciones del diablo a Jesús, el diablo hace propuestas mundanas. La primera, el hambre, es comprensible, es humana. ¿Pero después? El poder, la vanidad, las cosas mundanas. Porque el modo es atractivo y la Iglesia, cuando cae en la mundanidad, en el espíritu mundano, la Iglesia es derrotada. El espíritu de mundanidad es lo que más duele hoy, pero siempre ha sido así. Cuando Jesús nos dice: “por favor, haz una opción clara, no puedes servir a dos señores. O sirves a Dios” —y yo estaba esperando “o sirves al diablo”. Pero no dice esto. “O sirves a Dios o sirves al dinero”. Usar el dinero para hacer el bien, para mantener a tu familia con trabajo, está bien. ¡Pero servir! Y la mundanidad se detiene en eso.

He leído que León XIII hizo introducir una oración contra el diablo al final de la misa porque, según él, existía el riesgo de que el diablo pudiera entrar en la Iglesia a través de las rendijas de las puertas. En su opinión, entonces, ¿es esta la grieta por la que el diablo ha podido entrar hoy en la Iglesia?

La mundanidad, pero siempre ha sido así. [En] cada época la mundanidad cambia de nombre, pero [siempre] es mundanidad. Esa oración, a san Miguel Arcángel, la rezo todos los días, por la mañana. ¡Todos los días! Para que me ayude a vencer al diablo. Alguien que me escuche puede decir: “Pero, Santidad, usted ha estudiado, es Papa y todavía cree en el diablo?”. Sí, creo, querido, creo. Le tengo miedo, por eso tengo que defenderme tanto. El diablo que había hecho todas las maniobras para que Jesús terminara, como lo hizo, en la cruz. El poder de las tinieblas sobre Jesús: “Esta es tu hora”, el poder de las tinieblas.

Ahora, Santidad, vuelvo a la guerra en Ucrania. Porque Kiev, —lo estamos viendo, las imágenes están llegando— está completamente destruida. Cenizas. Tal vez ese mismo paisaje que tanto le gusta al diablo. Así que le pregunto: Kiev ya no es solo un lugar geográfico, sino que a los ojos del mundo representa mucho más. En su corazón, ¿qué es?

Un dolor. El dolor es una certeza, es un sentimiento que te quita todo. Cuando uno, tras una operación, siente dolor físico, por la herida que te han hecho, pides una anestesia, algo que te ayude a tolerarlo. Pero [para] el dolor humano, el dolor moral, no hay anestésicos. Solo la oración y el llanto. Estoy convencido de que hoy no lloramos bien. Nos hemos olvidado de llorar. Si

puedo dar un consejo, a mí mismo y a la gente, es pedir el don de las lágrimas. Y llorar, como lloró Pedro después de haber traicionado a Jesús. Lloró, cuando huyó, cuando renegó de él. Lloró. Un llanto que no es un desahogo, no. Es la vergüenza hecha física, y creo que a nosotros nos falta vergüenza. A menudo somos desvergonzados —que es un insulto que se usa en mi tierra: “un sinvergüenza”— pero la gracia de llorar. Hay una hermosa oración, hay una misa para pedir el don de las lágrimas. Una hermosa oración de esa misa dice así: “Señor, tú que hiciste brotar agua de la roca, haz brotar lágrimas de la roca de mi corazón”. El corazón duro, el corazón que no se conmueve, no sabe llorar. Me pregunto: ¿cuántas personas, ante las imágenes de las guerras, de cualquier guerra, han sido capaces de llorar? Algunos lo han hecho, estoy seguro, pero muchos no. Comienzan a justificar o a atacar. No, esto (nota del editor: el Santo Padre señala el corazón): debes cuidar esto. Y Jesús toca aquí. Hoy, Viernes Santo, frente a Jesús Crucificado, déjate tocar el corazón, deja que Él te hable con su silencio y con su dolor. Deja que te hable con las personas que sufren en el mundo: sufren el hambre, la guerra, tanta explotación y todas estas cosas. Deja que Jesús te hable y, por favor, no hables tú. Silencio. Que sea Él y pida la gracia de llorar.

¿Cuánto pueden hacer las religiones para eliminar la deserción de los corazones? ¿Cuánto y qué palabras le gustaría dirigir a los obispos ortodoxos?

Sí, también ellos están preparando la Pascua con nosotros con una semana de diferencia, porque siguen —también los católicos orientales— el calendario juliano, no el gregoriano. Quiero aprovechar esta oportunidad para enviar un mensaje de fraternidad a todos mis hermanos obispos ortodoxos, que están viviendo esta Pascua con el mismo dolor con el que la estamos viviendo nosotros, yo y muchos católicos. No es fácil ser obispo... ¡y gracias a Dios que no es fácil! Por eso no entiendo a los que quieren ser obispos. No saben lo que les espera. Pero quiero aprovechar esta oportunidad para saludar a todos los obispos ortodoxos como hermanos en la fe.

Hay otra frase que dijo Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. El perdón. Usted ha dicho que poner la otra mejilla no significa sufrir en silencio, ceder ante la injusticia. Nos ha recordado que Jesús también denuncia la injusticia, y ha precisado que lo hace sin ira ni violencia, sino con ternura. Santidad, ¿cómo se puede ser amable o perdonar a toda esa gente que nos hace daño, a esa gente que mata a inocentes, a esa gente que hace daño no solo físico, sino también psicológico?

Yo le doy mi receta. Si no he hecho ese mal, es porque Él me ha detenido con Su mano, con Su misericordia. Estoy seguro de que si no lo hubiera hecho, yo habría hecho muchas [cosas] como esas, mucho mal. En esto puedo decir que soy testigo de la misericordia de Dios. Por eso no puedo condenar a quien viene a pedir perdón. Siempre debo perdonar.

Cada uno de nosotros puede decir esto sobre sí mismo en su propio esquema personal de cosas (nota del editor: examen de conciencia). Es cierto que tal vez no pueda decir afectivamente: “Ven querido y dame un beso”. No, ¡quizás estaré enojado! Pero yo digo: “Señor, quita mi ira, yo perdono, pero no siento el sentimiento del perdón. Yo perdono. Tú te encargas de traer este perdón...”

El perdón solo tiene una raíz divina. Sí, el perdón al final es algo así.

También pienso en la soledad, para volver a Jesús en la cruz, pienso en todas esas personas que, también por culpa del Covid, han perdido su trabajo. Son tantas personas, Santidad, que viven este tipo de dificultades. ¿Qué palabras de esperanza quiere darles?

La palabra clave que acaba de decir es esperanza. La esperanza no es acariciar y decir: “Ah, todo pasará, tranquilo”. La esperanza es una tensión hacia el futuro, también hacia el Cielo. Por eso la figura de la esperanza es el ancla: el ancla tirada ahí y yo en la cuerda ahí, para llegar, para resolver situaciones, pero siempre con esa cuerda. La esperanza nunca defrauda, pero se hace esperar. La esperanza es la sirvienta doméstica de la vida católica, de la vida cristiana. Es realmente la más humilde de las virtudes. Está oculta, pero si no la tienes [a mano], no encontrarás el camino correcto. La esperanza es la que te hace encontrar el camino correcto. Tener esperanza no es tener la ilusión: “Voy a ir... [a] alguien a leerme las manos... esto te va a hacer bien”. No, esto no es esperanza. La esperanza es la certeza de que tengo en mi mano la cuerda de esa ancla lanzada allí. Nos gusta hablar de la fe, tanto, de la caridad: ¡Mírala! La esperanza es un poco la virtud oculta, la pequeña, la pequeña de la casa. Pero es la más fuerte para nosotros.

Entonces, este es también el mensaje para los jóvenes, porque pienso en los jóvenes que ven cómo se les arrebató el futuro de las manos. Usted lo decía hace poco claramente. Por eso no planifican mucho, no siempre creen en las relaciones duraderas, no construyen familias. En definitiva, digamos que tampoco se les ayuda mucho a nivel institucional y cultural. ¿Qué palabras le gustaría decirles?

Que no confundan [la] esperanza con el optimismo. El optimismo podemos comprarlo en el quiosco. ¡Ya sabes, el optimismo se vende! Pero la esperanza es otra cosa. La esperanza es estar seguros de que vamos hacia la vida. Hay un poeta argentino —bueno, un gran poeta— [hay] una frase, un poema, que siempre me ha llamado la atención, una definición de la vida: “La vida es una muerte que llega”. No, la vida no es una muerte que llega: ¡la vida es, quizás, desde la muerte llegar a la vida! La esperanza es fuerte en esto: es esa cuerda del ancla. Nunca defrauda. Pero es humilde, es verdaderamente la sirvienta doméstica de la vida cristiana. Pero muchas veces son las sirvientas domésticas las que llevan la vida de una familia.

Estoy concluyendo, Santidad. Hoy es Viernes Santo, pero la historia de la salvación no termina aquí. Afortunadamente, el Evangelio tiene un final feliz porque está la resurrección de Jesús: ese es el centro de la historia de la salvación. ¿Cuál es su deseo para esta Pascua?

Una alegría interior. Hay un salmo que dice: “Cuando el Señor nos liberó de Babilonia, nos parecía que estábamos soñando”. El llanto de alegría. Es la alegría. Mi deseo es no perder la esperanza, pero la verdadera esperanza —que no defrauda—, es pedir la gracia de llorar, pero el llanto de la alegría, el llanto del consuelo, el llanto de la esperanza. Estoy seguro, repito, que debemos llorar más. Nos hemos olvidado de llorar. Pidamos a Pedro que nos enseñe a llorar como él lo hizo. Y luego el silencio del Viernes Santo.

Su Santidad, son casi las tres. ¿Cómo debemos vivir esta hora hoy?

(nota del editor: no responde, permanece en silencio).

¿Puedo abrazarlo en nombre de todos? ¡Gracias, Su Santidad! Gracias.

Gracias a usted. ¡Que el Señor la bendiga!

En la audiencia general el Papa subraya la importancia del mandamiento "honrar al padre y a la madre"

Custodiar la dignidad del anciano

Muchas veces pensamos que los ancianos son el descarte o los ponemos nosotros en el descarte

«Por favor, custodiad a los ancianos»: es la petición del Papa Francisco en la audiencia general, que se ha vuelto a celebrar en la plaza de San Pedro, con la presencia de veinte mil peregrinos y fieles. Prosiguiendo las catequisis sobre el valor de la vejez, el Pontífice se ha detenido en el tema «Honra a tu padre y a tu madre»: el amor por la vida vivida». Publicamos el texto de su reflexión.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, con la ayuda de la Palabra de Dios que hemos escuchado, abrimos un pasaje a través de la fragilidad de la edad anciana, marcada de forma especial por las experiencias del desconcierto y del desánimo, de la pérdida y del abandono, de la desilusión y la duda. Naturalmente, las experiencias de nuestra fragilidad, frente a las situaciones dramáticas —a veces trágicas— de la vida, pueden suceder en todo tiempo de la existencia. Sin embargo, en la edad anciana estas pueden suscitar menos impresión e inducir en los otros una especie de hábito, incluso de molestia. Cuántas veces hemos escuchado o hemos pensando: "Los ancianos molestan"; lo hemos dicho, lo hemos pensando... Las heridas más graves de la infancia y de la juventud provocan, justamente, un sentido de injusticia y de rebelión, una fuerza de reacción y de lucha. En cambio, las heridas, también graves, de la edad anciana están acompañadas, inevitablemente, por la sensación de que, sea como sea, la vida no se contradice, porque ya ha sido vivida. Y así los ancianos son un poco alejados también de nuestra experiencia: queremos alejarlos.

En la común experiencia humana, el amor —como se dice— es descendiente: no vuelve sobre la vida que está detrás de las espaldas con la misma fuerza con la que se derrama sobre la vida que está todavía delante. La gratuidad del amor aparece también en esto: los padres lo saben desde siempre, los ancianos lo aprenden pronto. A pesar de eso, la revelación abre un camino para una restitución diferente del amor: es el camino de honrar a quien nos ha precedido. El camino de honrar a las personas que nos han precedido empieza aquí: honrar a los ancianos.

Este amor especial que se abre el camino en la forma del honor —es decir, ternura y respeto al mismo tiempo— destinado a la edad anciana está sellado por el mandamiento de Dios. «Honrar al padre y a la madre» es un compromiso solemne, el primero de la "segunda tabla" de los diez mandamientos. No se trata solamente del propio padre y de la propia madre. Se trata de la generación y de las generaciones que preceden, cuya despedida también puede ser lenta y prolongada, creando un tiempo y un espacio de convivencia de larga duración con las otras edades de la vida. En otras palabras, se trata de la vejez de la vida.

Honor es una buena palabra para enmarcar este ámbito de restitución del amor que concierne a la edad anciana. Es decir, nosotros hemos recibido el amor de los padres, de los abuelos y ahora nosotros les devolvemos este amor a ellos, a los ancianos, a los abuelos. Nosotros hoy hemos descubierto el término "digni-



dad", para indicar el valor del respeto y del cuidado de la vida de todos. Dignidad, aquí, equivale sustancialmente al honor: honrar al padre y a la madre, honrar a los ancianos y reconocer la dignidad que tienen.

Pensemos bien en esta bonita declinación del amor que es el honor. El cuidado mismo del enfermo, el apoyo a quien no es autosuficiente, la garantía del sustento, pueden carecer de honor. El honor desaparece cuando el exceso de confianza, en vez de declinarse como delicadeza y afecto, ternura y respeto, se convierte en rudeza y prevaricación. Cuando la debilidad es reprochada, e incluso castigada, como si fuera una culpa. Cuando el desconcierto y la confusión se convierten en un resquebrajamiento para la burla y la agresividad. Puede suceder incluso entre las paredes domésticas, en las residencias, como también en las oficinas o en los espacios abiertos de la ciudad. Fomentar en los jóvenes, también indirectamente, una actitud de suficiencia —e incluso de desprecio— hacia la edad anciana, sus debilidades y su precariedad, produce cosas horribles. Abre el camino a excesos inimaginables. Los chicos que queman la manta de un "vagabundo" —lo hemos visto—, porque lo ven como un desecho humano, son la punta del iceberg, es decir, del desprecio por una vida que, lejos de las atracciones y de las pulsiones de la juventud, aparece ya como una vida de descarte. Muchas veces pensamos que los ancianos son el descarte o los ponemos nosotros en el descarte; se desprecia a los ancianos y se descartan de la vida, dejándoles de lado.

Este desprecio, que deshonra al anciano, en realidad nos deshonra a todos nosotros. Si yo deshonro al anciano me deshonro a mí mismo. El pasaje del Libro del Eclesiástico, escuchado al inicio, es justamente duro en relación con este deshonro, que clama venganza a los ojos de Dios. Existe un pasaje, en la historia de Noé, muy expresivo en relación con esto. El viejo Noé, héroe del diluvio y todavía gran trabajador, yace descompuesto después de haber bebido algún vaso de más. Ya es anciano, pero no hacerle despertar en la vergüenza, lo cubren con delicadeza, con la mirada baja, con gran respeto. Este texto es muy bonito y dice todo del honor debido al anciano; cubrir las debilidades del anciano, para no avergonzarlo, es un texto que nos ayuda mucho.

No obstante todas las providencias materiales que las sociedades más ricas y organizadas ponen a disposición de la vejez —de las cuales podemos ciertamente estar orgullosos—, la lucha por la

restitución de esa forma especial de amor que es el honor, me parece todavía frágil e inmadura. Debemos hacer de todo, sostenerla y animarla, ofreciendo mejor apoyo social y cultural a aquellos que son sensibles a esta decisiva forma de "civilización del amor". Y sobre esto, me permito aconsejar a los padres: por favor, acercad a los hijos, a los niños, a los hijos jóvenes a los ancianos, acercarles siempre. Y cuando el anciano está enfermo, un poco fuera de sí, acercarles siempre: que sepan que esta es

nuestra carne, que esto es lo que ha hecho que nosotros estemos aquí ahora. Por favor, no alejar a los ancianos. Y si no hay otra posibilidad que enviarlos a una residencia, por favor, id a visitarlos y llevad a los niños a verlos: son el honor de nuestra civilización, los ancianos que han abierto las puertas. Y muchas veces, los hijos se olvidan de esto. Os digo una cosa personal: a mí me gustaba en Buenos Aires, visitar las residencias de ancianos. Iba a menudo y visitaba a cada uno. Recuerdo una vez que pregunté a una señora: "¿Usted cuántos hijos tiene?" — "Tengo cuatro, todos casados, con nietos". Y empecé a hablarle de la familia. "¿Y ellos vienen?" — "¡Sí, vienen siempre!". Cuando salí de la habitación la enfermera, que había escuchado, me dijo: "Padre, ha dicho una mentira para cubrir a sus hijos. ¡Desde hace seis meses no viene nadie!". Esto es descartar a los ancianos, es pensar que los ancianos son material de descarte. Por favor, es un pecado grave. Este es el

primer gran mandamiento, y el único que indica el premio: "Honra al padre y a la madre y tendrás vida larga en la tierra". Este mandamiento de honrar a los ancianos nos da una bendición, que se manifiesta de esta manera: "Tendrás larga vida". Por favor, custodiad a los ancianos. Y si pierden la cabeza, custodiadlos también porque son la presencia de la historia, la presencia de mi familia, y gracias a ellos yo estoy aquí, lo podemos decir todos: gracias a ti, abuelo y abuela, yo estoy vivo. Por favor, no los dejéis solos. Y esto, de custodiar a los ancianos, no es una cuestión de cosméticos ni de cirugía plástica, no. Más bien es una cuestión de honor, que debe transformar la educación de los jóvenes respecto a la vida y a sus fases. El amor por lo humano que nos es común, e incluye el honor por la vida vivida, no es una cuestión de ancianos. Más bien, es una ambición que iluminará a la juventud que hereda sus mejores cualidades. La sabiduría del Espíritu de Dios nos

conceda abrir el horizonte de esta auténtica revolución cultural con la energía necesaria.

«Rezamos por la paz y por el consuelo de todas las familias que sufren a causa de las guerras en el mundo»: lo pidió el Papa saludando a los fieles alemanes al finalizar la audiencia general, que concluyó con el canto del «Pater Noster» y la bendición apostólica. Al dirigirse a los grupos de lengua polaca, el Pontífice de nuevo les dio las gracias «por la misericordia hacia tantos refugiados de Ucrania, que han encontrado en Polonia puertas abiertas y corazones generosos». A continuación publicamos las palabras del Papa al saludar a los peregrinos de lengua española.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. En estos días de Pascua, pidamos a Cristo resucitado que nos conceda delicadeza y paciencia para tratar con las personas que nos rodean, especialmente con quienes están atravesando la etapa de la ancianidad. ¡Felices Pascuas de Resurrección! Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

El encuentro del Pontífice con los adolescentes de las diócesis italianas

Ese olfato de la verdad que hace valientes y generosos

En la tarde del 18 de abril, el Papa se reunió en la plaza de San Pedro con cien mil adolescentes de las diócesis italianas, con ocasión de la peregrinación a Roma el Lunes del Ángel promovido por el Servicio nacional para la pastoral juvenil de la Conferencia Episcopal Italiana (Cei) sobre el tema #Sígueme. Con ellos, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, educadores y responsables de asociaciones, movimientos y comunidades. Publicamos a continuación el discurso que el Pontífice pronunció durante la vigilia de oración con la que concluyó el encuentro.

¡Queridos chicos y chicas, bienvenidos!

¡Gracias por estar aquí! Esta plaza esperaba desde hace tiempo llenarse con vuestra presencia, vuestros rostros, y vuestro entusiasmo. Hace dos años, el 27 de marzo, vine aquí solo para presentar al Señor la súplica del mundo golpeado por la pandemia. Quizá esa noche estabais también vosotros en vuestras casas delante del televisor rezando junto a vuestras familias. Han pasado dos años con la plaza vacía y a la plaza le ha pasado como nos pasa a nosotros cuando hacemos ayuno: queremos comer y, cuando vamos a comer después del ayuno, comemos más; por eso se ha llenado más: ¡también la plaza ha sufrido el ayuno y ahora está llena con vosotros! Hoy, todos vosotros, estáis juntos, venidos desde Italia, en el abrazo de esta plaza y en la alegría de la Pascua que acabamos de celebrar.

Jesús ha vencido las tinieblas de la muerte. Lamentablemente, son todavía densas las nubes que oscurecen nuestro tiempo. Además de la pandemia, Europa está viviendo una guerra tremenda, mientras que siguen en muchas regiones de la Tierra injusticias y violencias que destruyen al hombre y el planeta. A menudo son precisamente vuestros coetáneos los que pagan el precio más alto: no solo su existencia está comprometida y se vuelve insegura, sino que sus sueños para el futuro son aplastados. Muchos hermanos y hermanas esperan todavía la luz de la Pascua.

El pasaje del Evangelio que hemos escuchado empieza precisamente en la oscuridad de la noche. Pedro y los otros toman las barcas y van a pescar — y no pescan nada. ¡Qué desilusión! Cuando ponemos tantas energías para realizar nuestros sueños, cuando invertimos tantas cosas, como los apóstoles, y no resulta nada... Pero sucede algo sorprendente: al amanecer, aparece en la orilla un hombre, que era Jesús. Les estaba esperando. Y Jesús les dice: "Allí, a la derecha

hay peces". Y sucede el milagro de tantos peces: las redes se llenan de peces. Esto puede ayudarnos a pensar en algunos momentos de nuestra vida. La vida a veces nos pone en dura prueba, nos hace tocar con la mano nuestras fragilidades, nos hace sentir desnudos, indefensos, solos. ¿Cuántas veces en este periodo os habéis sentido solos, lejos de vuestros amigos? ¿Cuántas veces habéis tenido miedo de decir: "¡Tengo miedo de la oscuridad!"? Todos nosotros tenemos miedo de la oscuridad. Los miedos hay que contarlos, los miedos se deben expresar para poder así expulsarlos. Recordad esto: los miedos hay que contarlos. ¿A quién? Al padre, la madre, al amigo, la amiga, a la persona que puede ayudarlos. Deben ser sacados a la luz. Y cuando los miedos, que están en las tinieblas, van a la luz, la verdad estalla. No os desaniméis: si tenéis miedo, ¡ponedlo a la luz y os hará bien!

La oscuridad nos pone en crisis; pero el problema es cómo gestiono esta crisis: si me la guardo sólo para mí, para mi corazón, y no lo hablo con nadie, no funciona. En las crisis hay que hablar, hablar con el amigo que me puede ayudar, con papá, mamá, abuelo, abuela, con la persona que me puede ayudar. Las crisis deben ser iluminadas para vencerlas.

Queridos chicos y chicas, vosotros no tenéis la experiencia de los grandes, pero tenéis una cosa que nosotros grandes a veces hemos perdido. Por ejemplo: con los años, nosotros grandes necesitamos gafas porque hemos perdido la vista o a veces nos hemos vuelto un poco sordos, hemos perdido el oído... O, muchas veces, la costumbre de la vida nos hace perder "el olfato"; vosotros tenéis "el olfato". ¡Y esto no lo perdáis, por favor! Vosotros tenéis el olfato de la realidad, y es algo grande. El olfato que tenía Juan: apenas vio allí a ese señor que decía: "Tirad las redes a la derecha", el olfato le dijo: "¡Es el Señor!". Era el más joven de los apóstoles. Vosotros tenéis el olfato: ¡no lo perdáis! El olfato de decir "esto es verdad — esto no es verdad— esto no va bien"; el olfato de encontrar al Señor, el olfato de la verdad. Os deseo que tengáis el olfato de Juan, pero también la valentía de Pedro. Pero era un poco "especial": negó a Jesús tres veces, pero apenas Juan, el más joven, dice: "¡Es el



Señor!", se lanza al agua para encontrar a Jesús.

No os avergoncéis de vuestros arrebatos de generosidad: el olfato os lleva a la generosidad. Lanzaos en la vida. "¡Eh, padre, pero yo no sé nadar, tengo miedo de la vida!": tenéis quien os acompaña, buscad a alguien que os acompañe. Pero no tengáis miedo de la vida, ¡por favor! Tened miedo de la muerte, de la muerte del alma, de la muerte del futuro, de la cerrazón del corazón: tened miedo de esto. Pero de la vida, no: la vida es bella, la vida es para vivirla y para darla a los otros, la vida es para compartirla con los otros, no para cerrarla en sí misma. Yo no quisiera alargarme tanto, solamente quisiera decir que es importante que vosotros vayáis adelante. ¿Los miedos? Iluminarlos, contarlos. ¿El desaliento? Vencerlo con la valentía, con alguno que os ayude. Y el olfato de la vida: no perderlo, porque es algo bello.

Y, en los momentos de dificultad, los niños llaman a la madre. También nosotros llamamos a nuestra madre, María. Ella —estad atentos— tenía casi vuestra edad cuando acogió su vocación extraordinaria de ser madre de Jesús. Qué bonito: vuestra edad, más o menos... Que Ella os ayude a responder con confianza vuestro "¡Aquí estoy!" al Señor: "Estoy aquí Señor: ¿qué debo hacer? Estoy aquí para hacer el bien, para crecer bien, para ayudar con mi olfato a los otros". Que la Virgen, la madre que tenía casi vuestra edad cuando recibió el anuncio del ángel y quedó encinta, que Ella os enseñe a decir: "¡Aquí estoy!". Y no tener miedo. ¡Ánimo, y adelante!

Después de la bendición: Jesús resucitado sea la fuerza de vuestra vida: id en paz y sed felices, todos vosotros: ¡en paz y con alegría!